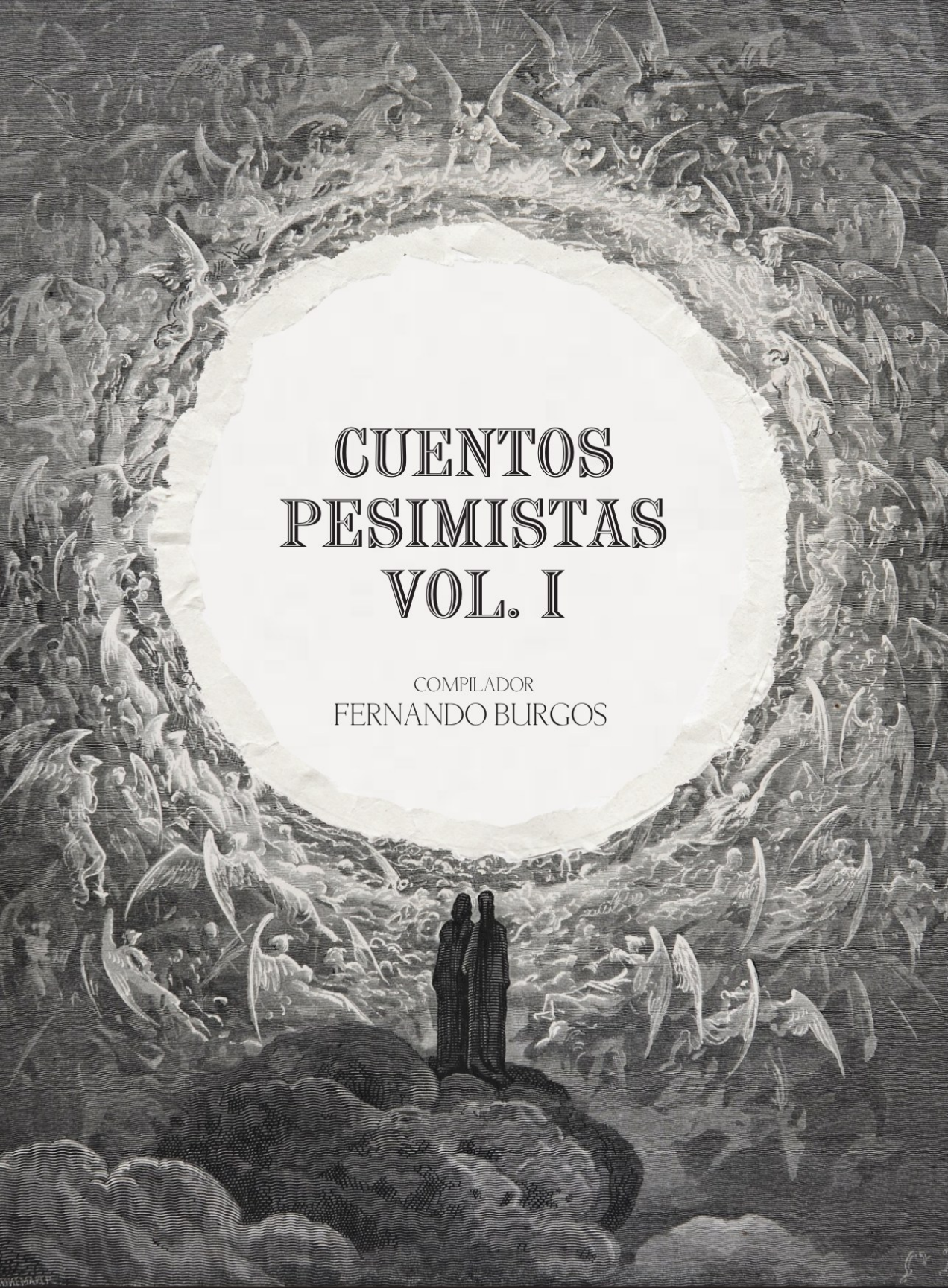




CUENTOS PESIMISTAS VOL. I

COMPILADOR
FERNANDO BURGOS

CUENTOS PESIMISTAS VOL. I

COMPILADOR

FERNANDO BURGOS

*Biblioteca
pesimista*



“Cuentos pesimistas Vol. I”

Primera edición

Septiembre de 2024

© Biblioteca pesimista

Derechos reservados 2024

Compilador: Fernando Burgos

ISBN: 9798340685209

Impreso en México

Diseño de portada: Fernando Burgos

Edición: Fernando Burgos

Imagen: Gustave Doré (1832-1883) - *Rosa Celeste*: Dante and Beatrice gaze upon the highest Heaven, The Empyrean (siglo XIX)

Revisión: Alexander Tadeo Núñez, Christopher Pacheco y Fredy Cosme Arizmendi

El contenido de este libro es responsabilidad del compilador.

La presentación y disposición en conjunto de este libro son propiedad del editor.

Reservados todos los derechos. Prohibida la reproducción total o parcial de esta obra, por cualquier medio, sin la autorización escrita de los autores.



Arthur Schopenhauer (1788-1860), padre del pesimismo, pero no el primer pesimista

ÍNDICE

Prólogo.....	9
El accidente.....	11
Gabriel Martínez Villarreal Nuevo León, México	
En la tierra caliente.....	21
Fernando Burgos Chilpancingo, México	
La objeción de Batz.....	29
Piercarlo Necchi/Milán, Italia	
Un lance entre caballeros.....	45
Manuel Pérez Cornejo Madrid, España	
Lo Bionecrótico.....	57
Rubén Nessim Nuevo León, México	
La sangre del águila.....	69
Slaymen Bonilla Cuernavaca, México	
Gente sin suerte.....	77
Ana Belén Rodríguez Quetglas Palma de Mallorca, España	
El faro.....	85
Fabio Ciraci Lecce, Italia	
Il faro.....	91
Fabio Ciraci Lecce, Italia (versión italiana)	
Maudit.....	97
Yair Yaomautzin Mayo Baltierra CDMX, México	

Prólogo

Estamos siempre a la intemperie de los males tanto internos como externos. Hay males inesperados que irrumpen en la vida, y pueden aniquilarla junto con todo lo que a su alrededor se ha construido. Por ejemplo, un cáncer terminal puede derrumbar los planes que se han tejido con mucho tiempo y esfuerzo. O un temblor puede provocar la caída de una pared en donde justamente en ese momento un joven recién aceptado en Harvard caminaba cerca. Hasta una bala al aire puede matar a cualquiera mientras alguien cuelga su ropa en la azotea. A cada rato nos la vemos con el mundo externo, y este a cada rato nos amenaza de mil maneras.

Pero hay otros males que provienen dentro de nosotros. Una infancia de inseguridades puede que haya hecho alarmista a un individuo con cualquier situación que pusiera en peligro su integridad. Una obesidad, parte del desarrollo infantil de uno, pudo provocar que pudiera haber vivido el peor bullying de su vida y ahora no pueda relacionarse con la gente por temor a sufrir los mismos tratos. La imaginación también puede llevarnos a obsesionarnos por cosas absurdas, por cosas que no existen, pero que creemos, pasarán. Estas configuraciones psicológicas pudieron activarse con las personas que queremos y terminaron estropeando nuestras decisiones, llevando la relación a un mal término.

Vivimos todos los días enfrentando males internos y externos, y no tenemos de otra más que tomar decisiones, que, si se presentan incorrectamente, pueden llevarnos a detestar la vida o a negarla. El estar sometido a un mundo azaroso es lo que puede generar un sentimiento de estar frente a lo absurdo, a la náusea, al rechazo de la vida.

Los cuentos que se presentan en esta antología son un claro ejemplo de todas estas situaciones tanto externas como internas que llevan a que la vida de cada personaje sea trágica, ridícula o absurda. El tono de las

historias a veces necesita ir acompañado de un poco de comicidad, o bajo el ingenio de los recursos literarios para hacer más interesante la historia del personaje, pues de lo contrario, no habría nada nuevo a lo que ya sabemos, que la vida es una miseria, que es preferible al no ser y que una vez que se está aquí, es preferible no ser lo antes posible, como ya lo dijo Edipo hace más de dos mil quinientos años.

Estos cuentos, además de poner en situaciones absurdas o trágicas a sus personajes, están fuertemente influenciados por ideas de filósofos pesimistas, por tesis como la muerte absurda y sin sentido, por el deseo de no ser, por el sufrimiento que hay en el mundo, etc. De ahí que en cada cuento encontremos ideas diluidas de pesimistas como Leopardi, Schopenhauer, Mainländer o Druskowitz.

Fernando Burgos

El accidente

Gabriel Martínez Villarreal | Nuevo León, México

Llega un momento en que nadie es capaz de gobernarla [la vida], en que ella se erige por encima de todo, volviéndose destino. Entonces el hombre se convierte en una hoja, en un clavo, a merced del aire y de los golpes. ¿Y quién puede oponer una muralla al viento y quién una palabra al golpe, inexorable y fijo?

José Revueltas, Los muros de agua

jos al frente. Carretera abierta. Las manos al volante — sudorosas, inquietas, tensas—, el pie pisando el acelerador, espalda recta, mandíbula apretada; X piensa. X piensa y su mente lo atormenta. Su mente lo atormenta con irrealidades, irrealidades tan dolorosas y pujantes que, sin poder explicarlo, se sienten reales. X piensa en Z, sentada en el asiento del copiloto. X y Z están juntos, pero nunca en verdad se conocieron uno al otro. Se han amado, destruido, amado y destruido (¿hay alguna diferencia?) hasta no darse cuenta. No darse cuenta por haber entrado en el arrastre de la costumbre y de la inercia, por haber caído en el olvido de algún pasado distante cuando no dependían del otro. Pero ahora ya no hay vuelta atrás y están estancados en la esperanza, detenidos en la ilusión que los impulsa, que los mueve y los hace correr sin llevarlos a ninguna parte. Hombro con hombro, X y Z arrastran sus vidas como noctámbulos, en piloto automático, adormecidos por el pesado sueño de una vida mejor, de un *nosotros* mejor, de un futuro mejor... Todo tan tonto.

Y ahora había que limpiar toda la mierda que, sin saberlo, sin quererlo, se estrelló de golpe en menos de un segundo frente a las luces

delanteras del auto. Todo fue tan espontáneo, tan fuera de toda previsión, y sin embargo tan terrenal y descarnado, que en la última media hora desde que les cayó la mierda encima, ninguno de los dos se ha atrevido a deshilar las gruesas hebras del silencio. Sí, *deshilacharlo*, porque el hondo silencio que cunde en la atmósfera de ese viejo auto de segunda no es sino un manto espeso y duro, casi tangible, que la indiferente realidad les ha echado encima, empapándolos, anegándolos, dándoles más razones para sentirse asfixiados en el odio febril y desquiciado que por mucho tiempo habíanse tenido pero que nunca antes habían sentido tan de cerca, corroyéndolos en carne viva. Y con toda la rabia, con toda la angustia y la mortificación que desde hace poco más de media hora ha estado orillándolos más al quebranto, aún reina el silencio, cósmico, imperial, siniestro, separándolos cada vez más, haciendo más evidente y dolorosa la asoladora soledad que desde hacía mucho tiempo ambos habían intentado evadir. Ese silencio incómodo y viscoso que germina del entendimiento mudo y compartido en que ambas partes, desprovistas de escapatoria, saben a la perfección que debe decirse *algo* acerca de *eso* y ninguno de los dos puede dejar de pensarlo y esperar con ansías a que el otro se atreva a decir algo. Algo, cualquier cosa, lo que sea. Lo importante es hablarlo. Sólo eso haría falta para poder dar una ligera bocanada de aire y sentir que aún tienen a su alcance la posibilidad de conseguir un salvoconducto hacia la redención. Pero no, nadie se arriesga. Suena lógico, pues hablarlo es reconocerlo, y ni X ni Z están dispuestos a que lo que ambos ya saben que es verdad, terriblemente verdad, se convierta en una realidad concreta e imponente que ni ellos ni nadie podrían franquear ni seguir fingiendo que no existe.

X piensa. Revisa sus recuerdos de *eso* mientras se percata de lo entumecidas que tiene las piernas y lo pastosa que se le puso la boca. Los repasa de uno en uno, a detalle, como paladeándolos, tratando de dilucidar alguna brizna de sentido, algún motivo, alguna cadena clara y reconfortante de sucesos, algún esquema general de los hechos que permitiese revestirlos de dirección y estructura. Eso aliviaríalo más que cualquier otra cosa, daríale esperanzas, haríalo sentir que la espantosa

mierda que tiene pegada en la nariz no es tan pestilente como había pensado. Pero fracasa, rotundamente. Todos los hechos, antes, durante y después de *eso* carecen de lógica, de ilación, de cualquier explicación plausible que facilitaría clasificarlos dentro de alguna categoría de significación predefinida. Nada, nada sirve ahora. De pronto la vida se resquebraja y se revela como una mierda atroz sin sentido.

¿Estará soñando acaso? ¿No resultaría razonable asumir que la absoluta absurdidad de todo esto no podría ser sino una pesadilla perversa, un tormento pasajero? ¿Será que su mente le juega trucos macabros y que no falta mucho para que todo el nefasto maremágnum de mierda se desvanezca en el olvido onírico y, al despertar en su alcoba con los nervios destrozados, el corazón galopante y la baba seca pegada a la comisura de sus labios, X dé un hondo suspiro de alivio y se dé cuenta de que en verdad nunca hubo nada que temer? No, imposible estar soñando. Sólo en el vibrante reino de los sueños puede gobernar verdadero orden y estructura. Pues los sueños, exorbitantes enigmas de la horrible conciencia humana, a fin de cuentas, son productos de la mente. Y la mente humana, condenada siempre a buscar un patrón, un sentido que esclarezca la angustiante complejidad de las cosas, fabrica en lo sueños un imperio alucinante y estrambótico donde ella misma se proclama soberana de sus circunstancias. Un imperio mental, empero, que opera como consuelo; pues el humano, maravilloso monstruo egocéntrico, ha aprendido a construir el imperio de los sueños con el fin de revolcarse en la entelequia, de escaparse por las noches de la tremenda y desasosegante irracionalidad en que se ve sumido el mundo material. Entonces X ni en sueños podría estar soñando, pues la categórica absurdidad de las circunstancias presentes solamente podría suscitarse en la antinomia del mundo real: tan hostil, tan contradictorio, tan ajeno al ridículo control racional del pequeño y despreciable humano.

Es en este tipo de situaciones burdas y desastrosas cuando X se queda sin más que con las ganas de reír, sólo reír, quién sabe por qué, reír a carcajadas, a mandíbula batiente, hasta que Z se le une, y ambos, embriagados, eufóricos, se manifiesten al fin todo el gigantesco cúmulo

de odio que nunca habían podido ni querido revelar. Pero no, X permanece inmutable, con la misma expresión de tímido asco, de concentración patética; como si de pronto lo embargara alguna flaqueza y, pese a querer estrangularla entre risas, tratara de darle a Z la impresión de que está pensando en algún plan astuto e infalible que los zafaría a ambos de las aciagas y aún inconmensurables consecuencias de *eso*. La verdad es que X no tiene ni la más mínima idea de qué o cómo o cuándo o por qué o para qué. Lo único que sabe con total certeza es que desea que todas las células que componen su insignificante cuerpo se desintegren en el acto y lo disuelvan a él y a toda su atormentada conciencia hacia la nada infinita, como si nunca hubiera existido. Pero antes de esfumarse, el olvido. ¡Cuán dulce sería el consuelo de borrar de su cabeza la apremiante realidad que lo aplasta junto con el silencio! La realidad de que tiene a *aquello* empotrado en la cajuela pudriéndose, a Z a su lado con el vientre tumefacto y lista para sacar de su coño seco y maldito un vástago bastardo que nunca de los nuncas podría haber salido de sus güevos, y en el asiento trasero a Coronel, calladito, obediente, esperando a que le abran la ventana para que saque la lengua mientras se refresca con el relente de madrugada.

X piensa. Se acuerda de Coronel. Eso lo tranquiliza. ¡Ah, el buen Coronel! ¡Qué buen can! Un labrador manso, bondadoso, juguetón. Sempiterno guardián de las causas buenas y nobles, que ahuyenta a todo ser malévolo y, una vez que acaricias su suave pelaje, se te queda mirando con unos ojitos tiernos e inocentes, tan negros que logran ablandar cualquier corazón. Embelesado en sus estúpidos recuerdos felices sobre Coronel, X recuerda de golpe que antes de salir de casa y tomar el viaje en carretera se olvidó de alimentarlo, por lo que para esta hora ya ha de estar hambriento el pobre. “No vaya a ser que comience a percibir el olor de *aquello* y se escandalice por querer mascárselo crudo”, piensa. De pronto su sosiego momentáneo se dispersa, y de nuevo adquiere, junto con Z, una conciencia aún más aguda de la terrible mierda de la que debe hacerse cargo.

“Bien; ¿en qué estaba? Ah, sí, el accidente. Primero, la carretera abierta, desierta. No, eso no, falta algo. Primero, la carretera abierta, desierta, y Z contándome una historia aburrida sobre una amiga suya cuyo nombre no recuerdo ni me importa. Le bajaba el volumen a su parloteo, porque cuando empezó a contármela la reconocí como una de las tantas que ya me había contado mil veces hasta la saciedad. Luego, el bulto ése que se cruzó de la nada. Después, el choque: golpe seco, ladridos, luego silencio. La mirada de Z, la misma mirada de idiota nerviosa aterrada que me lanzó cuando me confesó lo del embarazo. Chingadamadre. De buenas que nunca le dije que soy infértil, porque de lo contrario ya se hubiera puesto toda histérica y de una u otra forma se las habría agenciado para hacerse la víctima y culparme a mí por andar de calenturienta con un infeliz que sí ha de saber complacerla. Como quiera, el que se jode soy yo. Ni hablar.

“Pero no te distraigas, pendejo. ¿Qué siguió después del golpe? Ah, sí, el silencio. No hubo necesidad de decirnos nada cuando bajamos del auto para encontrarnos con que el señor misterioso aquél se convirtió en una carroña sangrienta descarapelada repulsiva hecha puré. Lo que aún no logro comprender es por qué un hombre cualquiera estaría caminando por la carretera abierta en plena madrugada. ¿En qué estaba pensando? ¿Adónde se dirigía? ¿Quería perderse acaso? ¿Desaparecer por completo? ¿Escaparse? ¿De qué? ¿De quién? Ya no importa. Ni siquiera sé su nombre. No llevaba nada en los bolsillos. Ni identificaciones, ni dinero, ni llaves, ni fotos, ni recibos, ni nada. Sólo él y su ropa. Un segundo antes pudo haber sido Juan, Pedro, Paco, Pepe, Luis... Y antes de que pudiera darse cuenta, nuestras existencias se cruzaron en el lugar y momento exactos para que yo llegara y lo convirtiera en *aquello*. Tan desvalido, tan triste; hasta a mí me da lástima. Pudo haber tenido familia, amigos, gente que se preocuparía si llegara a faltar. O tal vez no. Igual y vivía solo, como ermitaño, aislado de todo y de todos. Misántropo sin legado ni porvenir: un guijarro más entre guijarros. Me gustaría pensar que ése era el caso. Pero lo cierto es que sólo trato de darme razones vacías para esconder la culpa. Fui yo. Yo lo maté. No, no

es cierto, tú no lo viste, no pudiste haberlo evitado. Sí, sí lo vi. ¿En serio? Bueno, no lo vi bien; como me eché unas copas antes de acostarme, ya me andaba ganando el sueño y sólo alcancé a ver su silueta borrosa antes de poder frenar. ¿Entonces qué? Sí, fuiste tú. Ya te chingaste.

“Y lo peor de todo es que pasó sin querer, porque sí. A veces, de entre todas las miles de millones de personas apeñuscadas en este miserable planeta, la desgracia se levanta con ganas de escogerte a ti, solamente a ti, para llegar sin avisar y demolerte, sólo porque sí, porque te sobrepasa, porque puede pasar, porque, aunque no lo quieras admitir, todo siempre está al borde de irse al carajo. ¿Cómo lo llamaba el profesor loco ése de la universidad? *La perpetua posibilidad del caos*. Ándale, así mero. Las cosas se joden, y punto. Así es la vida: una larga y tediosa partida de ajedrez a la que fuiste arrojado por azar, no sabes las reglas, y al principio te tambaleas, tanteando las tinieblas, ni siquiera conoces contra quién juegas, o de qué sirve jugar, o por qué sigues estudiando el tablero, y lo peor de todo es que, no importa lo que hagas, no importa lo que quieras o digas, no puedes ganar, no puedes pedir tablas y no puedes salirte del juego; y todo se repite, sin tregua ni descanso, una y otra vez, hasta la muerte.

“De nada sirvió lavarme las manos con el agua caliente de las botellas que llevábamos en la cajuela, porque todavía no se me quita esta pinche perra sensación pegajosa de suciedad y sangre coagulada después de levantar *aquello* para meterlo adentro y esperar a que no se comience a apestar tan rápido. Me pregunto si a Z también le sigue dando asco. Qué más da. Lo horrible del asunto es que *aquello* también debió de haber sido muy feo en vida, y ahora lo dejé peor. Ya sé que no había mejor lugar para esconderlo, pero ahora, pensándolo bien, con el calor de estar encerrado en la cajuela, *aquello* ya ha de estar descomponiéndose allá atrás, enmolleciéndose lentamente, desamparado, como un gordo durazno podrido que se cayó por accidente del aparador de la sección de frutas y verduras del súper, pero que todos ignoran; nadie nota su mugrienta presencia en el piso porque fue a dar justo por debajo del aparador que muestra lo que los dichosos consumidores sí quieren ver:

frutas frescas y apetecibles. Y ahora el duraznito perece en soledad, emanando un caldillo repugnante y cálido, como un pus amargo, una deyección fétida que atrae a las moscas, hasta que algún niño curioso llegue y lo pateee.”

X piensa. Frunce el ceño. ¿Qué queda hacer? ¿Llegar al hospital con un cadáver y una parturienta? Una vida más, una vida menos... ¿Y cómo soportarlo? ¿Cómo aguantar a Z después de esto? ¿Por qué ella sigue también sin pronunciar palabra? ¿Qué esconde? ¿Qué quiere? ¿Por qué todo en la vida debe percibirlo como insoportable? X se harta. Acelera. Se aleja de querer darle una solución concreta a *eso*. Se disgusta al percatarse de que siempre en la vida se ha sentido culpable y ha asumido sin peros la responsabilidad de resolver la mierda ajena. Prefiere darle reversa al flujo de sus pensamientos. Revisa sus errores. Cómo conoce a Z, se hacen novios, tolera que Z bese raro y no se cepille los dientes, le perdona que sea melindrosa, soflamera e infiel; hace oídos sordos a las reiteradas advertencias de sus padres, se casan en una pobre ceremonia sosa, se mudan a un apartamento precario, X queda desempleado, Z se aburre de X, ambos se pierden en la mediocridad, en lo cotidiano, en compras superfluas, celos frívolos y discusiones idiotas; Z se embaraza, ambos fingen que todo estará bien, esperan en silencio a que la catástrofe se consuma, todavía duermen juntos en el colchón de hule espuma pero ambos preferirían dormir a gusto sin el otro, X halla en las botellas la compañía cálida que fluye por su garganta y arde en sus entrañas hasta diluir sus recuerdos y llenar por unas horas el hondo vacío de su interior, ambos se acuestan una noche de estío sin poder dormir, a Z se le rompe la fuente, salen de improviso a mitad de la noche, el hospital más cercano quedaba lejos y sólo se llega tomando la carretera... Así hasta este preciso instante en que X comprende al fin que lo único que lo ha mantenido atado por tantos años a la persona que más odia es el miedo. La esperanza y el miedo. Él no lo sabía, no pudo haberlo sabido, pero toda su vida se había tratado de lo mismo: evasión, omisión, silencio cómplice. Y nada de eso fue gratuito, pues lo cierto es que todos aprendemos a tener miedo. ¿Por qué exhibirse, por qué hablar con la verdad y mostrarse

vulnerable frente a Z, si ella es perfectamente capaz de burlarse, traicionarlo, hacerlo sentir menos por sus defectos, sus carencias, su carácter manipulador e infantil? La odia, pero la necesita.

X piensa. Lo asalta de pronto la angustiosa urgencia de destruirlo todo, de aniquilar de un golpe contundente todo lo terrenal, lo horrorosamente humano, de pulverizar hasta lo más bello y puro sobre el planeta, sin dejar nada, ni un vestigio de esperanza, ni una gota de amor. Tiene ganas de frenar en seco o estrellarse contra un árbol. Pero no hay árboles. Sólo polvo y noche y desierto, páramo infinito y sin consuelo.

X piensa, piensa, piensa, parece perderse en el vertiginoso cauce de su mente, hasta que Z por fin rasga el manto del silencio con su gimoteo. “Ya viene, puedo sentirlo”, le dice en voz entrecortada. Todavía falta un buen tramo para llegar al hospital. ¿Qué hacer? X se resigna y le contesta que ahorita ya no queda de otra, que nos orillemos, saquemos a Coronel de la parte trasera del auto y extendamos una sábana para que ahí te acuestes. Z acepta a regañadientes.

Ambos realizan la maniobra improvisada. Z puja, gime, gime, puja, grita, llora, libera. Es un varón. X al fin sostiene al bastardo con sus manos pringosas. No puede evitar mirarlo con desdén. Corta el cordón con la navaja oxidada de su llavero. Lo envuelve en una toalla. Se lo devuelve a Z. Z lo sostiene, desfalleciente.

X piensa por última vez. No sabe qué hacer. Considera que todo esto de existir es un juego estorbo y estúpido, y que sin importar cuánto se esfuerce en intentar enmendar las cosas, todas las circunstancias desde un principio estaban destinadas a empalmarse de tal forma que el torbellino de mierda fuera inevitable; que desde el momento en que salió expulsado del útero caliente de su madre, de algún modo toda su vida debía converger en la enorme porquería cayéndole encima, maloliente, superlativa, total. Considera que, al igual que *aquello*, él sólo es un infausto guijarro apilado entre guijarros, sin mayor importancia que el resto, todos dotados de conciencia, lacerante conciencia de verdades

inexorables que los hacen sufrir sin medida en un planeta más que gira alrededor de su eje y en torno a una estrella más dentro de una galaxia más. La condición absurda de su existencia ha superado su entendimiento de las cosas, y ahora no le queda más que aceptarla y seguir sufriendo porque sí. Ante esta amarga conclusión, X considera que, pese a toda la inmundicia injusticia y todo el incomprensible sufrimiento que sobrepoblan el universo, en sus manos todavía yace, expectante, la posibilidad de transgredir, de ejercer plenamente su derecho a perderse.

X se mantiene suspenso largo rato, cogitabundo, taciturno frente a Z que trata de acallar el lloriqueo del bebé, tendida en el asiento trasero del auto. Z, exhausta, le pregunta algo que no logra entender por completo. X, impertérrito autómatas indolente, da media vuelta y comienza a caminar en línea recta. Z grita, azorada, confundida. X advierte que el formidable horizonte abierto comienza a divisar una nueva aurora. X corre, cierra los ojos, sólo corre hacia el vacío, hacia la nada. Huye de un destino que no le corresponde, se exilia de una patria adversa a la que nunca perteneció, donde siempre había sido extranjero. Z todavía grita a la distancia, cada vez más inaudible. X continúa su correr a lo largo del desierto; los brazos entumecidos, la transpiración espesa picándole los ojos, las piernas ardiéndole en silencio. Z se queda afónica, sin aliento, sin esperanza. Los primeros rayos dorados del sol besan el rostro de X: la obscuridad por fin languidece. X abre los ojos para apreciar la belleza de su astro. X se deslumbra frente a la fulgurante fuente de su dolor. X tropieza, cae en una zanja. X colisiona con unas rocas, se rompe la cadera. Entre las ruinas del polvo, X guarda silencio, espera su muerte, sonrío. X juzga que todo está bien.

La claridad se enardece sobre el desierto. Ha nacido un nuevo día. El perro ladra. El bebé llora. X se quedó con las llaves del auto.

En la tierra caliente

Fernando Burgos | Chilpancingo, México

Todo conformismo es vil. Amarga es toda contemplación del mundo; amargo todo examen sincero del corazón. Nuestro pesimismo es radical y definitivo. A pesar de eso, frecuentemente la alegría mana de nuestros pechos, incontenible, rebosante. A pesar de que el juicio condena siempre, el corazón a menudo se suelta a danzar de júbilo. ¿Qué extraña locura es ésta? ¿Qué clase de pesimismo es este pesimismo alegre...?
José Vasconcelos

¡Y pensar que mañana volverá a repetirse! Sísifo, te entiendo...

Llego a casa, cansada por el trabajo y exasperada por el agobiante calor. Sólo deseo dormir y no saber más, pero mis padres están volviendo a discutir por mi hermano. Mi apá le recrimina a miamá que por qué lo dejó ir. Ella le dice que no se haga pendejo, que por sus humillaciones se fue. El calor contribuye a intensificar la disputa y los trastes truenan, los golpes revientan la carne indiscriminadamente. Yo no hago más que pasar desapercibida y me ensordezco. Me he acostumbrado a las disputas, pero esta vez no puedo dormir. Intento hacerlo, pero los moscos me pican, el calor me pica, el ruido me pica la cabeza. A veces me siento tan sofocada que quiero acabar con esto, pero desde niña me han dicho que en el pueblo nadie se raja y que uno tiene que aguantarse que porque la vida es así, que porque en este valle de lágrimas se sufre, y que si sufrimos es por algo. No me queda de otra, algo mejor vendrá después.

No sé cómo pasó... quizá por pensar mucho o quizá un golpe de calor hizo que me quedara profundamente dormida. Despierto un par de horas después me caliento unos tamales. Mi apá se ha ido y mi amá también, pero el silencio tampoco es muy prometedor. Cuando ningún ruido me entretiene, me acuerdo de mi hermano, y eso me pone muy triste... ¡Ay hermanito! —suspira— Si tú estuvieras aquí la vida se me haría más soportable, pero tomaste el camino fácil y pronto te desaparecieron. Podías confiar en mí, pero no sé qué te pasó. No sé por qué te me fuiste y no avisastes. El silencio que dejaste en mí es desolador. Siento que todo se me ha abolido, pero debo continuar, aunque esté rota por dentro...

¡La tarea! Me había olvidado de hacerla. No es mucha, solo debo leer un poco sobre el mito de Sísifo para la materia de filosofía y hacer una pequeña reflexión. Creo que no será muy complicado, porque al parecer ya había leído algo sobre él. ¡Sí! Sísifo fue aquel que castigaron los dioses y todos los días tenía que cargar una roca para que al final volviera a caer y al siguiente día tenía que volver a subirla. ¡Qué martirio! ¿Pero en qué se relaciona con mi vida la historia de ese personaje de la mitología griega? Creo que tendré que mentir, porque mi vida es trabajar en limpiando panzas de chivos después de clases, soportar las disputas de mis padres bajo el peso del asfixiante calor. Dormir un rato, hacer mi tarea y luego volver a dormir para volver a ir a la escuela.

¡No! —Elvira comenzó a divagar— No quiero imaginar que mañana será igual que hoy. Me aterra saber que volveré a ser Sísifo de nuevo. Además, creo que Sísifo no sufría tanto, porque si a esa subida le agregaras un calor como el de mi pueblo, y unos problemas como los de mi familia, te levantarían altares en los lugares más recónditos del mundo y serías el santo patrono de los rotos... Tampoco creo que les guste a mis compañeros que sufro mucho. Pondré que me la paso viendo la tele todo el día.

Después de leer nuestras reflexiones sobre Sísifo, leímos algunos pensamientos de un tal Schopenhauer. Mi maestro, apasionado lector de este filósofo, decía que es el padre del pesimismo, una corriente filosófica basada en la idea de que la existencia es un error. Y, por lo tanto, nada que exista en el mundo tiene una razón de ser. En pocas palabras, decía mi maestro que ya no siguiéramos trayendo guaches a este mundo porque vendrían a sufrir y ellos también provocaría el sufrimiento de otros. Con palabras apasionantes y con una llama encendida en sus ojos, no dejaba de recalcar que fuéramos más conscientes de nuestras acciones y que no perpetuáramos el error.

Mi profesor lanzó la siguiente pregunta para reflexionar y terminar la clase:

—¿Cómo la existencia podría ser un error y cómo por medio de la consciencia uno podría evitar traer guaches a este mundo para detener el sufrimiento?

A lo que respondí:

—Maestro, disculpe, pero para mí, como dijo el profesor de lógica, estas dos tesis quedan refutadas por la experiencia, porque en este pueblo se nos enseñó a amar la vida, se nos enseñó que todos los problemas por los que pasamos los pone Dios por alguna razón. En su infinita bondad él tiene un plan divino, y que, si nos pone todas esas pruebas es para que aprendamos a valorar a nuestros seres queridos y nos ganemos un lugar en el cielo. En esta costumbre nos han enseñado a tolerar los sufrimientos de la vida, y llegar y escuchar a alguien que la existencia no tiene ninguna razón de ser y que el sufrimiento es en vano porque ni siquiera existe un cielo, eso choca con mi lógica.

Además, ¿qué es eso de ser conscientes? En este y los demás pueblos no existe la consciencia de dejar de traer guaches. Todos dicen que traer un hijo es una bendición y que si te pasas de los dieciocho es porque tu panocha ya no sirve, está averiada, y a los hombres no les gustan de esas mujeres.

—Buena observación Elvi —respondió—, pero te corrijo porque es lo que nos han hecho creer, y las creencias creencias son. Mira... si atendemos a la experiencia nos diría otra cosa. Si te das cuenta, una idea, la de Dios, se impone sobre la realidad y sobre esta idea se prometen cosas. Te venden un paraíso por sufrir, un paraíso por soportar las cargas de la vida. Pero si quitamos la idea de que el sufrimiento está justificado por un Dios y un lugar mejor. ¿Qué vemos? —se dirigió a todos con una mirada abrazadora— ¿Qué ven en el mundo que viven chamacos? ¡Sufrimiento injustificado! ¡Maldad! ¡Violencia! ¿Quién quisiera vivir en un lugar en donde no existiera una razón de ser? Levante la mano quien quisiera vivir en un mundo sin dios y sin propósito.

Los alumnos se hacían los sordos porque les costaba entender esas ideas, pero accedían a seguirlo con tal de que el maestro no los obligara a participar. Ahí estaba únicamente atenta la niña de ojos tristes, pero no hablaba, solo meditaba estas ideas.

—Entonces Elvira, ¿sin la idea de un Dios la existencia es un error? —el maestro no la dejó responder y continuó— La realidad que vivimos los de la Tierra Caliente, es para espantarse, porque aquí, a pesar de que la comida abunda, el narco hace intolerable la vida. Tenemos que pagar ochenta pesos por un refresco y todos los productos están etiquetados por ellos. Así que los precios de todo están por los aires, y no queda de otra más que trabajar el doble. A esto sumémosle el calorón que hace todos los días. ¡Uff! Una vida así no merecería ser vivida, es insoportable, y peor sin la idea de un Dios y un plan diseñado para nosotros.

Pero no todo está perdido, no todo es tragedia y suicidio. Mainländer y Hartmann prometían la redención y hablaban de la posibilidad de parar el sufrimiento...

—Maestro, disculpe que no interrumpa, pero no estoy de acuerdo con ellos, porque, como usted bien lo ha dicho, si nos remitimos a la experiencia, la verdad es otra. En este pueblo no existe eso de la redención. Ni la consciencia existe. Sólo existe la inconsciencia de la vida, la perpetuación del sufrimiento, el trabajo forzado y la vida cruel.

Hartmann, quien promete una mejor vida para el futuro, no deja de ser un utopista. Es alguien que, siguiendo a usted, impone una idea abstracta sobre la experiencia para justificarla. Aquí, en estos pueblos azotados por todo tipo de miserias, no progresa ni mejora nada desde que México se independizó. ¿Doscientos años no nos habrán vastado para progresar? La gente sigue igual, o peor, pues solo existe para trabajar, mata por placer y traen guaches sin ir hacia mejor. En estos pueblos no hay progreso ni redención ni consciencia, solo nos queda vivir y seguir postergando el error. Intentar vivir.

El maestro quedó estupefacto. Por primera vez un alumno lo había hecho reflexionar.

—¡Excelente Elvira! Buena observación, pero te adelantaste con la siguiente clase. Jóvenes pesimistas, por ahora podemos concluir con el error de los pesimistas alemanes, no existe eso que llamaron “redención”, pero... ¿eso significa que tendríamos que tomar la salida fácil? Eso lo veremos mañana, por ahora vayánse a casa.

En el trabajo pensé mucho en estas ideas. No paraban de revolotear en mi mente y sentía que la visión pesimista del mundo me hacía ver las cosas de manera diferente. Tan siquiera me entretuvieron en el trabajo cuando limpiaba las panzas de los chivos. Y todo este revoloteo paró cuando regresé a casa. Como era de costumbre, mis padres discutían, pero esta vez, cuando me vieron, me dijo mi apá:

—Espérate, quiero hablar contigo. A partir de mañana te vamos a comprometer con el hijo del chivero. Así que mañana te pones tus mejores garras porque no quiero que des una mala imagen antá sus papás. Ya es hora de que vayas forjando familia.

Sólo asentí con la cabeza y me fui a mi cuarto.

Ya había conocido al hijo del chivero. Una vez me dijo que me robaría y que me pondría una casa y me encajaría unos guaches en la panza para que fuera una mujer hecha y derecha. Para mí todo eso era extraño, pero

por mi edad, ya me tocaba casarme, y como mis padres no tenían con qué mantenerme, era más fácil para ellos comprometerme con el hijo del chivero, pues así tendrían algo de carne que comer de vez en cuando.

¿Qué podía hacer si era mi obligación? Dormí consternada.

Al siguiente día, mi maestro de filosofía nos habló de los filósofos trágicos. Nos dijo que para Julius Bahnsen nada en el mundo progresa. Somos una nada que proviene de la nada misma y nos dirigimos a la nada misma. La redención no existe y es solamente una ilusión. Y que aunque somos seres que viven de ilusiones y es difícil salir de ellas, lo mejor que podríamos hacer es aceptar la irracionalidad de un mundo sin Dios.

Empaticé más con él, pues en mi pueblo no hay más que sufrimiento y para compensar eso, nos ilusionamos con la vida.

Luego, nos contó que José Vasconcelos, un filósofo que fue presidente de México, decía que los mexicanos somos un pueblo alegre y no nos queda más que ser pesimistas alegres. Aceptar que el mundo es cruel, que no tiene ninguna razón de ser y que a pesar de las contradicciones, debe ser tomado con humor porque no tenemos la potencia de parar su irracionalidad. Solo tenemos que aprender a reír sabiendo que la vida carece de propósito. El mundo no cambiará con ser conscientes de su sufrimiento, pues no podemos pararlo ni redimirnos ante él. Dejar de traer guaches al mundo en nada cambiará las cosas, pero, aun así, debemos intentar de hacerlo porque no está bien. Ese Vasconcelos me ayudaba a entender que en estos pueblos no existe eso de la redención, pero que tampoco fuéramos tan pesimistas y dejáramos todo a su suerte, que si teníamos la posibilidad de cambiar algo, aunque fuera minúsculo, estaba bien.

En la última parte de la clase explicó a una filósofa que me gustó mucho más que los otros: Helene von Druskowitz. Helene decía que el hombre ha impuesto su machismo en la forma de ver el mundo, y que a

nosotras las mujeres nos toca la responsabilidad de parar ese sufrimiento. Su pesimismo era antimasculino y por eso, creo, empaticé más que con los otros.

Recuerdo las clases de filosofía con nostalgia porque hacían que perdiera la noción del tiempo. Eso me ayudaba a no pensar en lo mal que la pasaba en mi casa y en el trabajo. De cierta forma las canículas no se sentían tanto. Pero, sin darme cuenta esas clases sobre pesimismo cambiaron mi forma de pensar, habían hinchado mi corazón y mi cerebro estaba dispuesto a aceptar las consecuencias.

No pasó mucho tiempo cuando me casé con el hijo del chivero. Triste desgracia porque vino con su machismo a intentar imponerse sobre mí. Pero cuando él llegó ya estaba lista para lo que se viniera, pues ya me definía como una pesimista alegre y feminista. No dejaría que aplastara mis ilusiones y deseos. No negaría la vida, porque aceptaba la contradicción del mundo, pero había algo de consciencia en mí. El sufrimiento, al menos el mío, ya no se seguiría postergando en otro ser, y aunque no podía hacer mucho, debía a toda costa, evitar que ese mentado chiverito me preñara.

Desde que nos casamos me montaba al menos una vez al día. Cuando se venía dentro de mí me decía que pronto tendríamos guaches a lo vergo y que él quería que todos fueran niños para que se fueran al gabacho y le mantuvieran la vejez. A decir verdad, yo no me consideraba una niña normal, porque nunca tuve deseos de parir niños. Mis amigas soñaban con esa vida, pero yo no. Solo las escuchaba, al igual como lo hacía el chiverito. Aunque no me dejaba salir de mi nueva casa, siempre encontraba una excusa para viajar a la ciudad y comprarme unas pastillas del día siguiente. Su salario y mi vida como ama de casa me indicaban que yo me las vería difícil con varios guaches. No quería que mis hijos vivieran los tormentos que yo sufrí. No quería que el calor aplastara sus ilusiones o que el narco se los llevara y que yo sufriera una pérdida como la de mis padres. Eso terminaría conmigo.

Sería una pesimista alegre: una pesimista que no negaría la vida, pero que no traería a este mundo más carne a sufrir.

Pronto las pastillas averiaron mi útero y me volví estéril. Un día que regresábamos del mercado el hijo del chivero empezó a insultarme porque no le daba guaches. Empezamos a gritarnos y terminamos por agarrarnos a golpes. Era un día de canícula. La tierra estaba caliente y hervían los cuerpos, la resolana cegaba los ojos y el aire mismo asfixiaba todo lo vivo.

Dos golpes me dejaron inerte: el primero me lo dio ese niño machista que no tenía en la cabeza más ideas que coger, trabajar y tener hijos. El segundo me lo dio el calor.

Caí y mi cabeza golpeó una roca. Morí sabiendo que no dejaría estirpe. Morí como una pesimista alegre. Conmigo la rueda de Ixión se detuvo.

Sísifo se cansó y la roca lo aplastó. Ya era hora.

La objeción de Batz*

Piercarlo Necchi | Milán, Italia

*Ser profesor es una forma honorable de existencia,
ser profesor de filosofía es su forma más baja*
Manlio Sgalambro

Me llamo Thelonious Monk y enseño “Pesimismo” en la Facultad de Letras y Filosofía de la Universidad de Curazao en las Antillas Neerlandesas.

(Para evitar cualquier malentendido, jamás toqué un piano en mi vida y debo decir que nunca me gustó el *jazz* del pianista que se llama igual que yo).

Decidí escribir este informe sobre el caso del estudiante Batz después de haber encontrado el *Cuaderno* del profesor Z bajo una alfombra en su habitación del *Dam-Coconuts Resort*.

En realidad, estaba perfectamente al tanto de su llegada y estancia en *nuestra* isla. Sin embargo, el hecho es que siempre me parecieron absolutamente *insoportables* estas supuestas *superstars* filosóficas que sobrevuelan por las universidades de los cinco continentes. Además, Z era *holandés*. Sin duda, uno muy *insoportable* como esos famosos y *mortales* zuecos de madera holandesa. Por esta razón, *no tengo interés* por el asunto. Incluso, *fingí* que Z nunca había llegado.

Es simplemente *increíble* que Z se haya olvidado de llevar consigo un documento tan *personal* como este, contenido en su clásico cuadernillo

* Traducción de Carlos Darío Romero.

negro de intelectual europeo (*holandés*). Sin embargo, no puede descartarse la idea de que un tipo como él lo haya hecho *a propósito*.

Ahora, la lectura de sus notas incongruentes sumió mi mente en una maraña de ira y luto demasiado aterradora para seguir guardando silencio.

Después de haber movido sus fichas en París, Jerusalén, Urbino y New York, con la pérfida habilidad de un jugador de *Go*, el profesor Z de la Universidad de Ámsterdam obtuvo finalmente la prestigiosa “*Cattedra-Spinoza*” de nuestra universidad que se dictará en el semestre de verano del presente año.

En el campo de los estudios spinozistas, Z se hizo un nombre gracias a un brevísimo ensayo (de no más de cincuenta páginas) titulado *Essere Spinoza*. En él, violando más de un axioma ontológico sobre el ser “idéntico”, argumentaba que poder “ser Spinoza” significaba ser “absolutamente feliz”.

Luego de una reseña entusiasta en la sección *Leggo, dunque mi piaccio* de una reconocida revista femenina, el pequeño volumen de Z había escalado en la lista de éxitos de un día para el otro. Se instaló sin rivales en el podio de los libros más leídos del año gracias a un número exorbitante de *damas filosóficas* de Europa (del Norte) y de (las dos) Américas.

Gracias a ello, la fundación patrocinadora de la *Cattedra-Spinoza* decidió invitar a Z como *visiting professor* en la Universidad de Curazao.

Desde su llegada a la isla, en la bienvenida ofrecida en su honor en la sala de profesores del Departamento de Filosofía, Z asombró a todos los presentes declarando sus intenciones de exponer la *Ethica more geometrico demonstrata* de Spinoza *a la inversa*. Es decir, partir desde las últimas y famosas palabras de la obra al final de la Proposición 42 de la Parte V (“Pero todo lo excelso es tan difícil como raro”) y, remontando literalmente hasta *el infinito*, llegar a la Definición I, de la Parte I (“Por

causa de sí entiendo aquello cuya esencia implica la existencia, o sea, aquello cuya naturaleza no puede concebirse sino como existente”).

Solo así (para él) era posible comprender realmente la filosofía de Spinoza. Unirse a la “afirmación absoluta” de la *Substancia Infinita* (= *Deus sive Natura*) y, en consecuencia, “ser Spinoza”. Es decir, ser “absolutamente feliz”. Esto era lo que le importaba y la razón por la que llegó aquí.

Cinco de los once estudiantes de la licenciatura en Filosofía se inscribieron al curso que tendría lugar en el jardín de bananas del *campus*.

Uno de ellos era Batz.

Batz era mi mejor estudiante y, si las cosas no hubieran salido como salieron, se habría graduado con una tesis sobre su lejano antepasado Philipp Batz *alias* Mainländer (1841-1876), el trágico autor de la *Philosophie der Erlösung* (1876). Una obra que, por cierto, el crítico Theodor Lessing estigmatizó duramente como: “quizá el sistema de pesimismo más radical que la literatura filosófica conoció”. No se dio cuenta, ni siquiera mínimamente, que aquello que él consideraba un defecto constituía en realidad el mérito absoluto del libro.

Sobre Batz “el viejo” (*por siempre* Mainländer), a quien pocos recuerdan, extraigo este impreciso perfil de una tarjeta amarillenta:

Radicalizando a Schopenhauer con la diletante ingenuidad de un genio y epígono (del *gran menor*), en la *Filosofía de la redención* Mainländer vertió su metafísica del pesimismo absoluto como un río de lágrimas abstractas. La “cosa en sí” es una esencia que se autodestruye. Pasando de su unidad y trascendencia a la multiplicidad e inmanencia del Mundo, la Sustancia originaria se autoaniquila para satisfacer su propio impulso esencial de pasar del Ser a la Nada. Por lo tanto, el Mundo como el suicidio de Dios. Su *autocadaverización*. “*Gott ist gestorben und sein Tod war das Leben der Welt*”. “Dios ha muerto y su muerte fue la vida del Mundo”. La “cosa

en sí” como voluntad-de-morir (*Wille zum Tode*), es decir, de redención. “Metafísica de la entropía” (así la define W. H. Müller-Seyfarth): el Superser trascendente de la Sustancia divina, pasando por la aparición del Ser inmanente del Mundo hasta la Nada absoluta. Es un vórtice suicida de autoaniquilación universal. De tal teorema metafísico surgen las *peligrosas deducciones* de este *oscuro* Erígena. Estas son las partes de su *loco* sistema. Especialmente, su *ética*: el *suicidio* como la verdadera redención de la existencia y como la única esperanza desesperada para liberarse del *dolor* y obtener la dichosa quietud del No-Ser que, según el axioma, es *absolutamente mejor* que el Ser. ¿Un Hegesías alemán? “El filósofo inmanente —así suena su himno final— ve en todo el universo solo el más profundo anhelo de absoluta aniquilación, y es como si escuchase claramente una voz que atraviesa todas las esferas celestes, exclamando: ¡Redención! ¡Redención! ¡Muerte para nuestra vida! —y pronuncia la respectiva y consoladora respuesta: Todos encontrarán el final y serán redimidos (...) ¡Ya no habrá nada, nada!— ¡Oh, qué mirada al vacío absoluto!” Mainländer no tuvo la suerte de vivir a orillas del río Ganges o en una montaña del Tíbet. Las múltiples “extinciones” y el *Nirvana* plural de Oriente no estaban a su altura. Fue un joven filósofo de la Tierra del Ocaso. El hijo de un fabricante de plata que por casualidad se encontró con una copia del *Mundo como voluntad y representación* de Schopenhauer en el mostrador de una librería de Nápoles y quedó cautivado. En la noche del 31 de marzo al 1 de abril de 1876, después de haber recibido la primera edición recién impresa de la *Filosofía de la redención*, se ahorcó. Usando como banquillo una pila de sus libros, se ató la soga al cuello y se lanzó al *agujero negro* de la “cosa en sí”.

Releyendo estas descoloridas palabras y puesto que el trágico fin del estudiante Batz tiene algo que ver con Spinoza, recuerdo que Mainländer lo estudió. Pero la *Ethica* le resultó incomprensible. No es difícil de creerlo. Véase la opinión de Schopenhauer sobre Spinoza: “Para Spinoza este mundo es un Dios, tiene su fin en sí mismo y, por lo tanto, debe regocijarse y jactarse de su existencia: luego, *saute Marquis!*

Semper allegri, numquam tristi! El panteísmo es esencial y necesariamente optimista. Un optimismo *obligado*".

Las clases de Z sobre Spinoza se iniciaron el 13 de junio.

Durante todo el curso no me encontré jamás con Batz y él tampoco me buscó.

El profesor Z interrumpió el desarrollo del curso el 14 de agosto.

Procediendo *al revés*, como lo había dicho, al final solo llegó un poco más allá de la mitad de la Parte IV de la *Ethica*.

Al día siguiente, Z partió hacia Ámsterdam.

Con él iba una joven mulata de ojos violetas.

A Batz lo vieron sumergirse en las aguas verdes brillantes de la playa del Holandés *surfista* al atardecer del 23 de agosto y adentrarse en mar adentro con amplias brazadas a lo largo de lo que algunos llaman "la espada del sol".

Y así fue como desapareció.

Batz "el viejo" se había *ahorcado*, Batz "el joven" se había dejado *hundir*. ¿Solo es el último eslabón de una cadena de *causae externae* o la culpa radica en la estela maligna de una incurable *Familiëntodessehnsucht*?

Lo cierto es que algo ocurrió entre Z y Batz.

Todo lo que sé, lo conozco por la *versión* de Z contenida en su *Cuaderno*.

La *versión* de Batz no existe.

Del *Cuaderno* de Z:

Curacao es una ciudad *dialéctica*: las casas holandesas se reflejan en las aguas caribeñas. Casas del Norte en un mar del Sur.

¿Los filósofos de aquí son *analíticos* o *continentales*? Simplemente, son *caribeños*.

¿Curazao se encuentra realmente en el Caribe? No puedo decirlo con seguridad.

El filósofo *caribeño* es como un *ens imaginarium*...

Hoy comencé con la *Ethica*, desde el final de la *Ethica*. En primer lugar, leí la última frase: “*Sed omnia praeclara tam difficilia, quam rara sunt*”. Luego, la última Proposición: “*Beatitudo non est virtutis praemium, sed ipsa virtus; nec eadem gaudemus, quia libidines coercemus; sed contra quia eadem gaudemus, ideo libidines coercere possumus*” (V, 42).

En el césped *inglés* del *bananero* en el que doy clases, justo al momento en el que me dignaba a traducir aquellas palabras, una voz situada en un lugar indefinido dijo lo siguiente: “la traducción no es necesaria”. Está claro que todos los estudiantes de aquí (5) entienden perfectamente el latín. Es absurdo, pero esto me irrita profundamente.

Anoche, en una pequeña choza del viejo puerto, me herí una encía con un trozo de la pinza de una langosta. La cerveza apestaba (no se compara con la de Lüderitz en Namibia). Cuando volví al *resort*, me di cuenta que olvidé mi enjuague bucal en Ámsterdam.

Surfear. Intensa experiencia spinoziana: el océano como la *Sustancia*, su *vis* (traducción: fuerza) *ilimitada*, las olas y yo mismo en mi tabla de caoba como *Modi*, sostenidos, llevados, *expresados* en este *fondo*.

Las palmeras azotadas por el viento son espectros de muertos inquietos (*¿imaginatio?*).

Magnífica rebanada de sandía congelada: ¿acaso no fue el hermano de Spinoza que emigró a Barbados para vender fruta?

Creo que la herida en la encía se está infectando.

En el primer banco (bajo el bananero), a la izquierda de la primera fila del aula (del jardín de bananas), hay un alumno que no me gusta

para nada. Un tipo con una melancolía mortal. Además, *mira para otro lado...*

Doy inicio a la clase. Empiezo por el final. En el fin está el principio. El origen es la meta. (¿Quién dijo eso?).

Parte V de la *Ethica: De potentia intellectus, seu de libertate humana*. Avanzando desde la cumbre. La cresta más alta de la ola (véase *Surf*).

Amor Dei intellectualis: E, V, 36; 35, 33, 32 ... 27 (*en este punto*, directamente en latín).

Explicatio: “furor heroico” y *matematizado* (¿un Giordano Bruno *euclediano*?). Amor a la Eternidad y Necesidad del Ser, del Mundo y de la Vida. Alegría para el Todo. Un gran “sí”. (Dios = Causa de la Alegría) = (Dios = Objeto del Amor). QED.

Implicatio: Eternidad de la mente.

Apex: E, V, 23, escolio: “*sentimus, experimurque, nos aeternos esse*”.

Experiencia de la eternidad (cfr. conocimiento de las cosas *sub specie aeternitatis*): ¿un Spinoza *empirista*?

Esto es lo que *ven* las “demostraciones” (el *ojo* de la mente adecuadamente *pulido* —ver Spinoza y los *lentes*).

En este punto, el estudiante *melancólico* a la izquierda del bananero se echó a reír de una forma totalmente obtusa.

Le pregunté su nombre. Me parece haber oído que se llama Batz (ese nombre me suena). Cuando le dije que, para Spinoza, el verdadero sabio no ríe ni llora, etc., él (como siempre, *mirando hacia otro lado*) respondió que “no siempre se puede llorar para no reír” (*sic*).

Batz *destruyó* completamente mi primera clase.

Anoche, antes de hacerlo, la prostituta que me llevé del *Bar/Racuda* me ofreció *cannabis indica* en una pipa de hierro abollada que, al principio, pensé que era un *kazoo*. Me dijo que así todo sería más “mágicamente realista” o “realísticamente mágico”, no lo recuerdo bien.

No estuvo nada mal, aunque no se compara con las pastillas azules o amarillas que están de moda entre nosotros. Sin embargo, siempre es mejor la *hierba* calabresa que sirven en el *coffee-shop Des Cartes* de Ámsterdam.

Mientras dormía, en mis sueños me visitó un íncubo (*¿imaginatio?*): estaba en una montaña completamente desnuda con excepción de algunas plantas cuyas hojas me hicieron pensar en bananas, en específico, bananas *alpinas*. De repente, salió de la nada un caniche negro que *saltaba* y *gruñía* contra mí. Increíblemente, podía comprender los sonidos emitidos por el perro. En un perfecto latín, me decía que en realidad era Schopenhauer y que estaba allí para decirme que Spinoza y los demás panteístas se obstinaban en llamar “Dios” a la esencia íntima y desconocida del mundo, cuando estaba absolutamente claro que un Dios que tuviera en mente transformarse en un mundo como *este* debía estar necesariamente poseído por el Diabolo. Antes de desaparecer, el caniche emitió un último ladrido en tono *oracular*: “con los panteístas tengo en común el *én kai pàn*, pero no el *pàn theòs*”. Ah, ¡sí que pega fuerte esta *hierba*!

De vuelta a la clase. Tengo una muy clara sensación de que la muchacha del *pompón*, situada a la derecha y debajo del minúsculo bananero, se está *convirtiendo* en Spinoza. (*Censuré* brutalmente E, V, 19: “quien ama a Dios no puede esforzarse para que Dios le corresponda a su vez”. Nunca se sabe. Una verdad tan dura como esa podría tener el efecto de una devastadora *desilusión amorosa* y arruinarlo todo).

Sin dudas, pasé a E, V, 18: “*Nemo potest Deum odio habere*”.

Absolutamente fundamental: “Nadie puede odiar a Dios”. ¡*Sanctus Spinoza*!

En ese mismo instante, oí claramente a Batz, lívido de ira, sisear para sí: “el capitán Ahab —*sed contra*— odiaba a Dios”.

Apenas controlándome, le dije que el capitán Ahab no era una persona real, sino un personaje de *Moby Dick*.

Con los ojos dirigidos hacia el mar, Batz me respondió con una pregunta: “¿le dijeron alguna vez que, por estas latitudes, la realidad es una imitación de la literatura?”.

Pensé en rebatir su afirmación con una cita de una carta de Spinoza a Boxel del 17 o 18 de septiembre de 1674, en la que el filósofo dice que: “el deseo que tienen los hombres de narrar las cosas no como son en realidad, sino como las desean, se observa mejor en los relatos” (sobre todo, en las *ghost-story*). Pero en ese momento no recordaba el pasaje.

Otra clase que *se fue al diablo*.

Una tarde en la playa. Las olas *no* estaban *buenas* (*imaginatio*). Intenté leer los textos de Deleuze sobre Spinoza. No entiendo ni una palabra. Deleuze estudió toda su vida a Spinoza y al final se suicidó. *Y da que pensar*.

Pro-memoria: pedirle a la secretaria de la universidad el nombre de un buen dentista en Curazao. O, mejor aún, el de un buen otorrino.

En la clase. El *regressus* continua. Parte IV de la *Ethica: De servitute humana, seu de affectuum viribus*.

La muchacha del *pompón* está ausente.

Con una tremenda sensación de astenia ecuatorial (sin duda, debida a la infección de la encía), llegué finalmente a E, IV, 67 (un punto absolutamente decisivo con respecto al problema “*ser Spinoza*” y todo lo relacionado con ello).

Leí: “el hombre libre en ninguna cosa piensa menos que en la muerte, y su sabiduría no es una meditación de la muerte, sino de la vida” (cfr. el texto original en latín).

Meditatio vitae: “*ser Spinoza*”, ser alguien que jamás piensa en la muerte.

Ataque frontal a la perversión *tanatofílica* de la Metafísica platónico-cristiana.

Por el rabillo del ojo ví a Batz levantarse y alejarse entre los racimos de las bananas verdes y amarillas.

Memo: pedir una justificación formal a Batz.

La infección no está relacionada con la langosta. Tengo un absceso en la muela del juicio. *Amoxicilina*. Es una pena: el domingo es la competencia de *Surf*.

Las clases continúan. *Down down* en el necesario *bondage* de los hombres insensatos.

Los rostros *aturdidos* de los estudiantes revelan una indiferencia camaleónica.

Empiezo a pensar que, quizá, “*ser Spinoza*” no está entre sus prioridades.

Es posible (quiero decir, necesario) que no completen el curso.

Estos muchachos saben perfectamente latín. Si no recuerdo mal, ¿el hecho de hablar espontáneamente una lengua antigua es un claro signo de una *posesión diabólica*? (*more geometrico: imaginatio*).

Mi jugada. Ayer por la tarde, Batz también estaba en la playa. Estaba con una muchacha. Una mulata inconcebiblemente bella. Claramente, están juntos. Venciendo con dificultad mi timidez, me acerqué y los invité a cenar en la noche. Batz, *mirando para otro lado* y poniendo atención a un loro que se abalanzaba sobre una lagartija de colores inciertos (¿un camaleón?), aceptó *sin objeciones*.

Betlivia, maquillada sublimemente (cfr. “Vogue” en los años 50’ y principios de los 60’) y vestida de noche, estaba aún más bella. Sus ojos violetas parecían gemas traídas de Saturno (mi planeta favorito, a pesar de que en E, IV, 43 Spinoza escribe que la “*Melancholia semper mala*”).

Estoy en un estado de *imaginatio* impresionante. *Je m’en fous...*

Betlivia (mientras Batz parecía estar absolutamente concentrado en la etiqueta de la botella de agua mineral que estábamos bebiendo) me

dijo que nació en Curazao, de la *unión* (según ella) de un profesor vienés de “geometría euclidiana” y una tenista negra de por aquí.

Cuando sus padres volvieron a las labores docentes y a los torneos, ella se quedó en un colegio de Curazao. Actualmente estudia “Semántica de los mundos posibles” en la Facultad de Filosofía de la Universidad de Curazao. Conoció a Batz en un curso de “Pesimismo”, impartido por un profesor que se llama igual que un *músico de jazz*. Llevan juntos seis años ya.

En Curazao, la licenciatura en Filosofía dura diez años. Casi como Teología en Lovaina.

Batz se inscribió en la competencia de *Surf*. Imagino que su estilo podría denominarse como un *blue Surf*.

Estoy perdidamente enamorado de Betlivia. (Cfr. Spinoza, *Tratado sobre Dios, el hombre y su felicidad*, II, 5: “con el amor sucede que jamás intentamos liberarnos de él por dos razones: porque es imposible y porque es necesario que no nos liberemos de él”). QED.

Durante la clase de hoy —*enfin*— Batz me desafió abiertamente.

Estaba leyendo E, IV, 20, escolio (expresión perfecta de la indestructible esencia “afirmativa” de la filosofía de Spinoza):

“At quod homo ex necessitate suae naturae conetur non existere, vel in aliam formam mutari, tam est impossibile, quam quod ex nihilo aliquid fiat”.

Traduzco (incluso para estos pequeños Montaigne nativos que, al parecer, bebieron latín con leche materna):

“Pero que el hombre, por la necesidad de su naturaleza, se esfuerce en no existir o en mudar su forma por otra es tan imposible como que algo se haga de la nada”.

Con un *regressus* sencillo, expliqué el sentido de esta frase citando E, III, 6 y 7: “Cada cosa se esfuerza, cuanto está en ella, por perseverar en

su ser”; “el esfuerzo con que cada cosa se esfuerza por perseverar en su ser no es nada aparte de la esencia actual de la cosa misma”. QED.

Volviendo al escolio de E, IV, 20, añadí que aquí se encuentra la crítica radical de Spinoza al *suicidio*: “nadie, digo, por necesidad de su naturaleza, sino obligado por causas externas, aborrece los alimentos o se mata”. Véase Séneca (o el inaccesible Deleuze). Es decir, no hay suicidio. Quien se mata, siempre es destruido *por otra cosa*.

En ese momento, Batz pidió la palabra levantando dos dedos con los que apretaba un pedacito *infinitesimal* de lápiz:

—Lo que está claro (para él) es que Spinoza no leyó *Hamlet*. Con la interrogación *melancólica* del príncipe de Dinamarca, a saber, ‘ser o no ser, eso es lo que me pregunto (...) Morir (...) nada más (...) un *consummatum* que debe invocarse con las manos juntas’, se expresa la posibilidad de un radical *deseo de no existir*. Y no me diga que Hamlet es un personaje de la tragedia de Shakespeare. Y también está igualmente claro que Usted jamás leyó a Schopenhauer: ‘¿cuál es, después de todo, el contenido esencial del célebre monólogo de *Hamlet*? Nuestro estado es tan miserable que el no ser absoluto sería sin ninguna duda más preferible. Si el suicidio nos asegurara la Nada, si la alternativa ‘ser o no ser’ fuera real, tomaríamos sin dudas la salida del autoaniquilamiento que nos abriría un final de lo más deseable’. Debido a que no sabemos definitivamente si el no ser que deseamos es realmente la Nada absoluta o, más bien, un Ser aún más *maligno* que el horrible Ser que nos tocó aquí abajo, la pregunta de Hamlet queda sin respuesta y su duda no se resuelve. Así, su deseo de no ser retrocede, se detiene y se inhibe. Sea como fuere, frente a Spinoza, Hamlet es la figura de *alguien que afirma* —aunque se encuentre dentro de la oscilación de una interrogación dubitativa— su deseo radical de no ser. En Hamlet, este deseo se muestra en su posibilidad real. Es posible desear no ser. El deseo de no ser es un deseo posible. La pura y simple verdad es que Spinoza estaba absolutamente ciego frente a la *pulsión de muerte*. Sus famosos *lentes* eran muy débiles para ver el remolino vortiginoso de este *conatus* negativo.

Su existencia no puede ignorarse. Spinoza estuvo siempre *esclavizado* completamente a la pura y simple *necesidad de vivir*.

Estaba por improvisar una respuesta a esta objeción penosamente *destartalada*, pero la clase se acabó.

El curso *se acabó*, pero al menos el absceso en la muela también se fue.

Surfear. Mientras atravesaba el *túnel* vidrioso de la ola, recordé repentinamente el *terror* que experimenté cuando era niño al leer una versión en cómic de *Un descenso al Maelström* del alcohólico escritor Edgar Allan Poe.

Anoche, en el *Bar/Racuda* me encontré con Betlivia y, sin pensarlo dos veces, decidí invitarle un *drink*. La muchacha aceptó y ordenó un agua tónica, mientras que yo pedí directamente un *tequila boom-boom*.

Al inicio hablamos de *Surf* (de las olas que hay por aquí y de las nuevas tablas israelíes de *kevlar*). Luego, la muchacha se puso a hablarme de Batz. Comprendí que estaba incómoda. Poco a poco me reveló cuán difícil, penoso y *pesado* era estar con alguien tan *triste*. Batz era muy inteligente y profundo (*nótese bien*: no dijo *bueno*), pero en realidad siempre le gustaron los muchachos *alegres* y *frívolos*. Ahora no sabía qué hacer. Temía que, si abandonaba a Batz, le sucediera algo muy *malo*. Pero estaba cansada y ya no podía hacer más nada.

Más tarde, Betlivia vino a verme.

Para decirlo con un *eufemismo*, pasamos toda la noche *haciendo el amor*: “sobre aquello, de lo que no se puede hablar, hay que callar” (no recuerdo quien lo dijo, pero está claro que es un genio).

PD: en el sexo, Betlivia *se comportó* decididamente de forma *masculina*. Debo decir que eso no me disgustó en absoluto.

Cuando me desperté, ella ya se había ido.

Sobre la mesa de noche, junto a la cama, encontré una hoja de papel arrugada.

De inmediato pensé que se trataba de un dulce y amoroso *buenos días*, pero (solo) era un fragmento *filosófico* de Batz.

Lo cito para no correr el riesgo de olvidarme que este tipo *no se encuentra bien*:

El principio de desesperación. En uno de sus *Pensées*, Pascal escribió: “todo lo que sé es que pronto moriré”. En la *Ethica*, Spinoza define la desesperación como ‘una *tristeza* generada por la idea de una cosa futura de la que ya no tenemos razones para dudar que ocurrirá’. Si sabemos con absoluta certeza que vamos a morir, y esto nos hace tan insoportable seguir viviendo hasta el punto que desearíamos no haber nacido y volver cuanto antes al lugar de donde vinimos (morir *aquí y ahora*), entonces estamos *tristes* y absolutamente *desesperados*.

Por la mañana, en el *bananero*, ningún estudiante asistió.

La razón está clara. Hegel, en alguna parte, define al spinozismo como “acosmismo”. Para Spinoza, sólo Dios *existe*. En cambio, estos *antillanos* con los que estuve tratando no son más que “anticosmistas” puros y simples. Una *banda* de *gnósticos* que vive en un *paraíso* y odian el Mundo y a su Demiurgo *tarado*. Y Batz es su *jefe*. Después de todo, ¿qué podía esperar de una universidad en la que un falso pianista enseña “Pesimismo”? ¿Cómo iban a *interesarse* por el amor de la mente de Dios?

Pedí y obtuve la suspensión del curso “*Essere Spinoza*”.

Desde esta tarde, el curso está oficialmente suspendido. (*Memo*: observar las olas para dar un último *chapuzón*).

Mañana por la noche partiré a Ámsterdam.

Betlivia vendrá conmigo.

Me dijo que estaba harta de tanta *tristeza tropical* y que era *geométricamente* necesario un cambio de aires.

QED.

Aquí se interrumpe el *Cuaderno* de Z.

* * *

Ahora me queda claro que entre Z y Batz se *libró* un *duelo*. Una *lucha a muerte*. ¿Por qué? ¿Por la *verdad* (Batz)? ¿Por una *mujer* (Z)? Solo sé que Batz *sucumbió*.

Con una espina de vano remordimiento, recuerdo cómo me miró, en una clase, cuando comenté que, para cualquier pesimista de raza, *refutar* a Spinoza era una cuestión de honor.

Quizás todo comenzó a partir de allí. Y todo *ocurrió* con la misma *necesidad* por la cual está dada la esencia de un triángulo... *Pero con esto alcanza*.

Más bien, me pregunto: ¿quién era realmente Z?

Frente a mí, sobre el escritorio, está el supuesto retrato de Spinoza (Escuela alemana del siglo XVII). Miro sus enormes y *tristes* ojos, así como su sonrisa *forzada*.

La verdad es que Z no era Spinoza.

Quiero decir que, en todo caso, Z nunca estuvo cerca de convertirse y “*ser*” (como) Spinoza.

Spinoza era un verdadero filósofo, mientras que Z no. (Spinoza se negó a ir a Heidelberg. Z hizo de todo para que lo invitaran a Curazao).

Entonces, ¿quién era Z?

¿Un diablo? ¿Un monstruo? ¿Un imbécil?

No digamos *idioteces*.

Solo era, como yo, un *profesor de filosofía*.

Schopenhauer lo *dijo* claramente: esto no puede ser *bueno*.

Prof. Dr. Thelonious Monk.

Universidad de Curazao (Antillas Neerlandesas).

Facultad de Letras y Filosofía.

Cátedra: “Pesimismo”.

Un lance entre caballeros

Manuel Pérez Cornejo | Madrid, España

I

—¡**A**prisa, cochero! ¿No puede ir más rápido? ¡Reviente los caballos, si es preciso! ¡No repararé en gastos! ¡La mejor de las propinas, si llegamos antes del alba a la Dehesa de Carabanchel!

Tras proferir estas palabras desde la ventanilla de un coche de punto, que corría desalado embocando el madrileño Paseo de Extremadura, el joven que las había pronunciado tornó a introducir su cabeza en el interior del vehículo y, tras limpiar con la manga de la levita el sombrero, mojado por las finas gotas de lluvia que caían en ese momento, se arrellanó en el incómodo asiento y se sumergió en sus pensamientos, mientras el descompuesto mamotreto crujía y se bamboleaba, amenazando desquiciarse a cada instante.

—¿Cómo habrá podido meterse mi maestro en este entuerto? —se decía— ¡Él, que, como admirador de Schopenhauer, siempre ha renegado de los duelos! Además, se trata de un hombre consagrado a la filosofía y las musas, que lleva años sin empuñar un arma... Aunque he oído que, siendo más joven, se mostraba muy hábil con el florete y era un habilísimo tirador con la pistola. ¡Pero de todo eso hace tanto tiempo!... Es menester que llegue a toda costa al lugar del encuentro, para disuadirle de pasar por un trance que podría resultarle fatal. Seguro que le será posible encontrar un punto de reconciliación con su adversario... ¡Pero este condenado armatoste va demasiado lento! ¡Y encima el maldito perillán del pescante parece estar un poco borracho!... Al menos ya apunta el sol por el horizonte —murmuró con voz imperceptible, tras apartar un poco los mugrientos visillos del carruaje y

lanzar un rápido vistazo al exterior—; casi ha dejado de llover y nos vamos acercando...

Así era. Las primeras luces del día permitían vislumbrar la tapia de la Escuela de Tiro, donde el criado de su amigo, el Chevalier de Saint-Jules, le había dicho que debía celebrarse el lance al que debía acudir su amo. El fuerte relente que penetraba por las costuras mal ensambladas de aquella tartana obligó al joven a arrebujarse en su capa, aun estando a cubierto. La angustia y la tensión que embargaban su alma, desde que tuvo noticia de la refriega que se preparaba a través de una breve carta—casi una misiva de despedida—, que le había entregado un recadero hacía apenas un par de horas, informándole del envite, le habían hecho caer en un estado febril, trastornándolo por completo, a pesar de ser una persona habitualmente dueña de sí misma y poseer un talante bastante flemático.

A punto de alcanzar su destino, aunque aún le separaba cierta distancia de él, pudo ver con suficiente claridad la escena que tanto había temido contemplar. En el centro, se divisaban las figuras de cuatro individuos—de seguro, los padrinos—, junto con un sujeto pequeño y un tanto desceñido, que portaba un maletín: por su traza, dedujo que debía de ser el médico, preceptivo en estos encuentros; luego, a ambos lados, se habían dispuesto los contrincantes, ataviados con sendos levitones, situados ya frente a frente. A la izquierda, divisó a un individuo alto y robusto, de aspecto un tanto rufianesco, pelo cortado a cepillo y barba rala; a la derecha, su amigo y maestro, elegante como siempre, con un aspecto sosegado, casi demasiado sereno. Inmediatamente comprendió que, por mucho que se apresurara, había llegado demasiado tarde—como tantas veces sucede en esta vida—y que ya solo la suerte, o ese Dios en el que ni él ni su maestro creían, podían poner remedio a lo inevitable. No obstante, tras detenerse el coche junto a otros dos vehículos, que sin duda debían haber transportado a los duelistas y sus padrinos, y decirle al cochero que esperase, bajó a toda prisa y se dirigió a escape hacia el mal llamado “campo del honor”, sabiendo que el trecho

que le separaba de él, aunque no era muy amplio, apenas dejaba espacio a la menor esperanza.

“¡Atención!... ¡Apunten!... ¡Fuego!” —Mientras corría, oyó cómo se sucedían implacablemente las órdenes de rigor, con esa fatalidad que pesa como el plomo y que cierra el camino a cualquier remedio. Y entonces observó algo inexplicable: vio como su maestro levantaba el brazo que empuñaba la pistola y disparaba al aire; luego, bajando los brazos, aguardaba impasible a que su oponente efectuase el disparo. Este, tras alzar la pistola y apuntar con precisión, disparó al punto, al tiempo que Saint-Jules se encorvaba, dejaba caer su arma y se llevaba las manos al estómago, desplomándose como una marioneta a la que le hubiesen cortado los hilos que la dotan de movimiento.

Arturo Gonzaga —diremos ya su nombre— comprendió que la vida de su querido maestro se había quebrado para siempre, y sintió un siniestro estremecimiento que no se debía solo al frío que hacía en la explanada a esas horas de la mañana. Había llegado, por fin, al grupo que formaban los padrinos y el doctor en torno a su amigo, mientras su adversario (más bien su asesino, dado el giro inesperado que había tomado el duelo) se dirigía ya al coche que lo había llevado hasta allí, cubierto con un capote que le habían alcanzado sus acompañantes, sin haberse dignado siquiera fingir un poco de interés por el estado de su víctima, seguro como estaba de haberla eliminado y de haber salvado su honor.

Contempló, desolado, el rostro espantosamente pálido del caballero. Al haberle despojado de parte de la ropa, pudo ver que la bala había penetrado por encima del ombligo y que de ella manaba un fuerte reguero de sangre, que teñía la blanca camisa y corría humeante por el barro.

—¿Quién es usted? —le espetó el médico, con tono seco, mientras le lanzaba una turbia mirada por encima de sus descompuestas antiparras.

—Es un amigo del Chevalier, doctor —terció uno de los padrinos, en el que Arturo reconoció al krausista D. Álvaro Montes, catedrático de filosofía de la Universidad Central, con el que solía discutir amigablemente Saint-Jules, mientras jugaban al ajedrez en el Ateneo—; deje que se acerque, es de confianza. Este señor —añadió, señalando al otro padrino— es D. Isidro Ferrán, el rico indiano del que alguna vez le he hablado.

Tras intercambiar un rápido saludo con este último, Arturo se inclinó sobre el herido. Aunque su aspecto parecía más el de alguien perteneciente ya al mundo de los muertos que al de los vivos, el sonido de las voces de los circunstantes debió reanimarle un tanto, porque, abriendo los ojos y conteniendo un gesto de dolor, fijó su mirada en nuestro joven y le dijo, con un hilo de voz: “¡Ah, Arturo, estás aquí! Veo que leíste la nota que te envié de madrugada”.

—Afortunadamente, sí, estimado maestro —respondió el joven, conteniendo un sollozo—; o, mejor dicho, desgraciadamente, porque me duele lo indecible verle en tan lastimoso estado. ¿Qué ha hecho? ¿Cómo ha consentido en dejarse matar así, sin más? ¡Ni siquiera ha hecho amago de defenderse! ¿Por qué ha disparado al aire? Esto no ha sido un lance entre caballeros, sino un suicidio, ¡y cometido por alguien como usted, que, atendiendo a Schopenhauer, siempre ha rechazado atentar contra la propia vida! ¡Le juro que no lo entiendo!

—Te lo explicaré en casa..., si es que llego con vida, porque siento que las fuerzas me abandonan por momentos... ¡Llévenme a mi domicilio, queridos amigos! ¡Es el último favor que les pido!

Mientras D. Álvaro y D. Isidro cogían a su apadrinado —que, tras decir las anteriores palabras, sufrió un desmayo—, con la mayor delicadeza de la que eran capaces, Arturo, que les seguía con la caja de las pistolas, le preguntó al médico si había alguna posibilidad de salvar la vida de su amigo.

—Ninguna —le respondió el galeno, con la frialdad propia de su oficio—; la bala le ha interesado el intestino, ha perdido mucha sangre y la muerte es segura. Dada su robusta naturaleza, podría durar, como mucho, hasta la noche de hoy, pero no más. Lo peor son los terribles dolores que causan este tipo de heridas, por lo que le he aplicado un ungüento que aplacará un poco su sufrimiento. Le recomiendo, querido joven —por un momento, la voz del achaparrado doctor pareció temblar de emoción— que, si es creyente, vaya rezando por su amigo, y si no lo es, aproveche las últimas horas que le quedan en este mundo, para acompañarlo y reconfortarlo.

Arturo murmuró unas palabras, agradeciendo la franqueza del doctor, y subió al coche que le había conducido hasta aquel fatídico lugar, ofreciéndole dejarlo en su casa o en el hospital de San Carlos, donde ejercía. El médico aceptó el ofrecimiento y ambos se sentaron uno frente al otro, en silencio. El vehículo partió de inmediato, en pos del coche donde sus padrinos habían introducido al maltrecho Chevalier, que les precedía un centenar de metros.

II

Acababan de sonar las campanas que daban las ocho y media en la cercana iglesia de Santiago, cuando Saint-Jules atravesó la puerta de su domicilio, situado en la calle de la Independencia. Su estado de inconsciencia no debía ser muy profundo, porque los requiebros que fue necesario hacer para salvar los tramos de la escalera, provocaron que se le escapase algún que otro quejido de dolor. Al fin, ayudados por su fiel criado Agustín —que apenas podía contener las lágrimas al ver el triste estado en que le devolvían a su amo, del que jamás había consentido en separarse—, pudieron trasladarlo al lecho, donde trataron de acomodarlo del mejor modo posible. Unos instantes después, entró Arturo, que acababa de dejar al doctor en el hospital. Entregó a Agustín su sombrero, la capa y los guantes, y se despidió de D. Álvaro y D. Isidro, que prometieron volver más tarde, tras despachar algunos asuntos

ineludibles. Luego, se encaminó al dormitorio donde reposaba su amigo y se sentó a su lado.

Estremecido, contempló aquel rostro venerable, por el que empezaba ya a extenderse el inconfundible rictus hipocrático que anuncia la muerte. Recordando un pasaje del *Breviario pesimista* del filósofo alemán Bahnsen, que tanto le gustaba citar a Chevalier, sintió que estaba a punto de perder lo más valioso que existe en este mundo: el individuo concreto, único, que en este caso, además, había sido su mentor desde hacía muchos años. Cuando se extinguiese esa voz, que tantas enseñanzas le había transmitido, nada ni nadie podría resucitarla. Volvió a recordar, en especial, aquel largo paseo que habían dado los dos un otoño por los Jardines de La Granja de San Ildefonso, donde Saint-Jules, buscando sosiego para su espíritu, se había retirado por un tiempo, y en el curso del cual el sabio caballero le había iniciado en los misteriosos símbolos iniciáticos que él creía haber podido descifrar en aquel hermoso laberinto, entretejido por parterres y fuentes¹. Aquella jornada, en el curso de la cual Chevalier le había desvelado los misterios del hermetismo, conjugándolos con su original interpretación de la filosofía pesimista, le había salvado del suicidio; y ahora tenía que ver allí postrado a su preceptor, al borde mismo de la noche eterna, sin poder hacer nada por él. Sabía, de cierto, que la muerte es el destino final de todos los seres —como estudioso de Mainländer, no tenía dudas al respecto—; pero le parecía que en aquella, hacia la que se dirigía fatalmente su maestro, había algo impropio, absurdo, contra lo cual no podía menos que rebelarse. “Usted se me muere, querido amigo —se dijo con rabia, mientras apretaba con fuerza los puños—, y no se da cuenta de lo solo que me deja en este pésimo mundo”.

Un gemido del herido interrumpió el curso de tan amargas reflexiones. Había abierto los ojos y parecía un poco mejor dispuesto. “Es la mejoría que precede a la muerte —se dijo Arturo—. Igual les pasó

¹ El lector encontrará los detalles de este paseo iniciático recogidos en el diálogo *Arturo, o el pesimismo*, Huso, Madrid, 2022.

a mis padres, y a tantos otros a los que he visto morir. Debo aprovechar estos últimos momentos”.

—Arturo, hijo —le dijo con voz débil, pero clara, Chevalier, mientras le cogía la mano—; ¡qué bueno que estés aquí, junto a mí, cuando ya solo un pequeño vado me separa del reino de las sombras! ¡Qué suerte no abandonar este albañal solo...!

—No se esfuerce en hablar, querido maestro, se lo ruego —repuso el joven—; necesita reposo, si es que se quiere recuperar.

—Vamos, Arturo: tú y yo sabemos que esto no tiene solución y que hay que tomar las cosas como vienen, con firmeza y tranquilidad. Nada puede ya hacerse, y lo único que me resta es apurar este amargo cáliz con la mayor serenidad posible. Prefiero pasar estos últimos momentos charlando de nuestras cosas, como hemos hecho siempre. Nada diferencia este instante de los demás de la vida, aunque dé la sensación de ser más grave y trascendente; pues morimos a cada instante y el presente no es menos ilusorio que el resto. Por lo demás, sólo se trata de la muerte de un hombre insignificante. Pensar que nuestra vida es más valiosa que la de un árbol, un perro o una hormiga, revela una vanidad que nosotros no podemos permitirnos, si queremos ser auténticos filósofos. Nuestras vidas valen tanto como puedan valer los pocos o muchos instantes de plenitud estética o ética que en ella haya podido haber; el resto carece de relevancia.

—¡Pero al menos me concederéis que la vida de una persona bondadosa y culta como usted es más valiosa que la de un mentecato como el que hoy os ha disparado!

—En absoluto; ¿quién sabe qué amigos o familiares esperaban con ansia el regreso de ese hombre, para quienes su vida es tan valiosa como tú dices que es la mía...? Si le hubiese matado, seguro que alguien, aunque fuese una desgraciada prostituta a la que maltrataba, pero que le amaba, le habría echado en falta. Hay que ser más modestos, querido

Arturo, y aceptar, como reza el dicho popular, que “no somos nada”, se trate de quien se trate.

—Quizás sea como usted dice —asintió Arturo, que no quería contrariar al caballero en un momento tan crítico—; pero aún no me ha explicado por qué ha aceptado este nefasto convite ni por qué ha disparado al aire en el último momento; porque, una vez aceptado participar en el duelo, al menos debería haber intentado salir airoso del evento. No consigo comprenderlo...; máxime teniendo en cuenta la crítica tan dura que dirige nuestro admirado Schopenhauer al duelo en el capítulo IV de sus *Aforismos sobre la sabiduría de la vida*. Para él, esta práctica absurda, igual que el *point d'honneur* en que se basa, no existían en la Antigüedad clásica y constituyen algo antinatural, producto de la bárbara Edad Media. Usted es una persona instruida y razonable, y Schopenhauer afirma que el duelo no es una salida conveniente para este tipo de personas, porque no prueba nada. Dice, explícitamente, que ese pretendido honor caballeresco es hijo del orgullo y la locura, y tiene más que ver con la perversidad, la impudicia y la grosería que con el valor personal. Afirma, incluso —leyó Arturo, tras coger el primer volumen de los *Parerga*, que el caballero había dejado el día anterior encima de su mesilla de noche y encontrar el pasaje que buscaba—, que ya “hay demasiados males verdaderos en el mundo como para permitirnos aumentarlos con otros imaginarios que arrastran consigo nuevos males verdaderos”, como, por desgracia, acaba usted de comprobar en su propio caso. El mundo de los duelos, en suma, constituye un Estado dentro del Estado, que sólo reconoce el derecho del más fuerte.

—Todo eso que dice Schopenhauer seguro que es verdad desde el punto de vista racional, pero no social. Él era un sabio solitario, que sólo ocasionalmente entabló relaciones con el resto de la sociedad, donde, como sabes perfectamente, los usos son bien diferentes. Tú mismo has estado a punto de verte envuelto en algún lance como el de hoy... Recuerda cuando aquel imbécil chulesco insultó a Isabel de Garay...

Una tos seca interrumpió el discurso del caballero, cuyo rostro se vio alterado por un profundo rictus de dolor. Una elevada fiebre se había ido apoderando de él y gruesas gotas de sudor perlaban su noble y amplia frente. Tras una pausa, hizo un esfuerzo por recobrarse y continuó diciendo:

—La causa del duelo fue tan estúpida como siempre suele serlo en estos casos: hace un par de días, ese cretino, tras salir del Congreso, donde había pronunciado uno de esos discursos vacíos a los que se reduce la política de nuestros días, había ido al Teatro Real, donde representaban *Norma*. Allí me hallaba yo también, acompañado de D. Álvaro y D. Juan Iturbi, ambos admiradores de la obra maestra de Bellini y schopenhauerianos de pura cepa. Al finalizar el primer acto, salimos del palco, para estirar un poco las piernas, y topamos con un grupo donde ese fulano, entre carcajadas burlonas, tachaba al *Parsifal* de bazofia y a Wagner de ser un compositor mediocre, un oportunista, que, además, había caído de rodillas ante la cruz (¿de dónde habría sacado esa idea?); luego, tras explayarse con todo tipo de impropiedades dirigidos contra el mago de Bayreuth, dijo que sus seguidores no eran más que una pandilla de débiles meapilas, buenos para nada, a los que habría que erradicar del ámbito de la música, e incluso de la sociedad decente. Al oír esto, no puede contenerme... Ya, ya sé que esa falta de contención es indigna de alguien que pretende ser un filósofo —dijo el caballero, cortando el gesto de protesta que amagó Arturo—, pero hay ocasiones en las que uno no es dueño de sus emociones, por más que se proponga controlarlas. De manera que le dije en la cara que sólo un villano inculto podía opinar así del artista que ha compuesto la música más sublime que ha producido este siglo. Me respondió, con gesto de profundo desprecio, que ya se veía que yo debía ser uno de esos menguados schopenhauerianos, adeptos de la decadente farsa wagneriana, que niegan la vida porque no tienen suficiente fuerza de voluntad para afrontarla. Mi bofetada cortó por lo sano sus sandias palabras. Pálido de ira, me exigió una satisfacción... El resto ya lo conoces. Confieso que me pudo la emoción, pero como decía el Vizconde de Valmont, no lo

pude, y seguramente no lo quise, evitar. Schopenhauer afirma que él enseñaba los requisitos para alcanzar la santidad, pero que él mismo no era precisamente un santo; pues bien, también yo reconozco todas las razones que Schopenhauer esgrime contra el duelo, pero no podía dejar de castigar a ese insolente y aceptar su reto.

—Muy bien; le entiendo y comprendo que haya preferido usted transgredir los principios de nuestro filósofo respecto de este asunto, antes que pasar por cobarde. Pero ¿por qué disparó al aire? Una vez dado el paso, ¿no tendría que haber llegado hasta el final y haber intentado dar una lección a su adversario, aunque luego hubiera marrado el tiro?

—Sí; eso hubiera sido lo más lógico... —Saint-Jules se detuvo, pues empezaba a tener evidentes dificultades para respirar—; pero justo cuando caminaba en dirección opuesta a mi adversario para ocupar mi puesto, vi casualmente como pasaba raudo un gavián por encima de mi cabeza y, tras dar un par de vueltas, se precipitaba sobre una avecilla que trataba de escapar de sus garras, atrapándola al vuelo. El grito que lanzó el animalito —casi humano, te lo aseguro— caló hasta el fondo de mi alma y me recordó la escena del *Parsifal* en la que este asaetea al cisne. De repente, sentí una tremenda lástima por el pobre pajarillo y me dije a mí mismo: “Seguramente todo lo que dijo ese estúpido obedeció a alguna lectura que había realizado, o a opiniones de segunda mano, pues no tiene aspecto de pensar por sí mismo; y aunque realmente opinara lo que dijo, supón que lo matas: ¿quién sabe las personas —como te dije antes— que le echarán en falta y las eventuales consecuencias irreparables que tendrá, quizás, su desaparición? Por otra parte, aun suponiendo que su suerte no le preocupase a nadie, ¿no enseña Schopenhauer que ese al que dañamos no es sino una réplica de nosotros mismos? ¿No dice también, como acabas de leer, que ya hay suficientes males en este mundo como para aumentarlos más? Seguro que él no sabe nada de todo esto y que, si renuncio a matarlo, no dudará en hacer lo posible para arrebatarme la vida. Mas, ¿no es preferible sufrir un mal, como creo recordar afirmaba Platón, que causarlo? Si la rapaz que acabo de ver hubiese tenido conciencia suficiente como para penetrar más allá

del principio de individuación, seguramente habría tenido piedad de su víctima y hubiese renunciado a cazarla, aun a riesgo de perecer de hambre; ¿de manera que tú, dotado de una conciencia mejor, vas a rebajarte al nivel de un simple animal de presa?” Sumido en estas reflexiones, que aquí te explico por lo menudo, pero que pasaron por mi mente como un relámpago, llegué a mi puesto y me di la vuelta. Contemplando a mi adversario, decidí no contribuir lo más mínimo a incrementar el monto de sufrimiento que hay en el mundo; de manera que, cuando dieron la señal, levanté el arma y el tiro se perdió en el aire... Sabía que, a menos que fallase mi contrincante, tenía perdida la vida; pero habría salvado la de aquel sujeto, que, si Schopenhauer está en lo cierto, era el reflejo de mí mismo: *Tat twam asi*: ese tipo, por despreciable que fuera, era yo...

Calló el caballero y cerró los ojos. Un profundo silencio se extendió por la habitación. Arturo, ahogado por la emoción, no respondió nada y se limitó a cogerle la mano, que —¡extrañezas de la muerte!—, sintió a la vez febril y helada. A través de las lágrimas que empañaban sus ojos, pudo ver cómo una nueva mancha de sangre se iba extendiendo por las sábanas, indicando que la hemorragia era ya incontenible y que el fin se acercaba mucho más rápidamente de lo que el doctor había pronosticado. “¡Mejor! —pensó—; así todo terminará pronto y dejará de sufrir de una vez, querido maestro!”

Pasó como una hora, marcada por el tictac implacable del reloj de péndulo que colgaba en la pared del despacho cercano. Arturo, viendo que Chevalier parecía dormido, se atrevió a dejarle un instante y pasar a su gabinete de trabajo... Allí estaba su magnífica colección de libros y revistas, quizás la mejor en España, al menos en lo que se refería al pesimismo filosófico. Algunos de esos volúmenes procedían de Francia, de donde era originario Saint-Jules, aunque muy pronto había fijado su residencia en Madrid; otros, los había comprado en sus largos viajes por el extranjero, especialmente por Alemania. Sobre la mesa, vio el soberbio ejemplar de la *Philosophie der Erlösung* que le había regalado hacía años su culto amigo catalán J. C. Ibarra, el enamorado de los libros —¡cuánto

le había emocionado recibirlo! —, lleno de anotaciones y de señales en las páginas más destacadas, junto con unos pliegos de papel, en los que, con su bella y menuda caligrafía, el noble caballero había anotado numerosas reflexiones. Hojeándolas, observó que llevaban como título *El poder de la compasión*. Debía tratarse del ensayo en el que, según le había comentado, llevaba trabajando desde hacía unos meses y que ahora quedaría inconcluso para siempre.

Oyó la campanilla de la puerta, y luego los pasos de D. Álvaro, D. Isidro y el doctor, que, tal como habían prometido, venían a interesarse por el estado del desventurado Chevalier, o más bien a despedirse de él. Todos, acompañados por Agustín, entraron en silencio en la alcoba. El médico se acercó al herido y, tras reconocerlo brevemente, movió la cabeza, dando a entender que sólo unos instantes le separaban del misterio eterno.

Transcurrieron unos minutos. Un ambiente tenso y a la vez solemne se fue extendiendo por la cámara. De repente, Chevalier abrió los ojos y miró a su alrededor; luego los centró en Arturo, aunque parecían atravesarlo y atisbar otra cosa, situada detrás de él. Su mirada era muy intensa y penetrante, semejante a la de esas máscaras faraónicas que miran al Más Allá, esforzándose por atisbar algo que no ven, y que Arturo recordaba haber visto en los museos de París, Londres o Berlín. Con voz sorda, dijo: “¡Isis alza su velo ante mi vista! ¡Tiene a bien revelarme su secreto y me invita a su santuario! ¡Pero está tan oscuro...!” Tras pronunciar estas enigmáticas palabras, quedó inmóvil. Con temblorosa mano, Arturo cerró con inquietud aquellos ojos espantables, preguntándose si el secreto al que su admirado maestro acababa de referirse podría ser algo diferente de la nada absoluta.

Lo Bionecrótico

Rubén Nessim | Nuevo León, México

Arturo había estado hablando en internet con una mujer llamada Olga desde hacía un mes y finalmente iban a conocerse, lo cual representaba para él todo un hito después de haber atravesado por el difícil y tortuoso rompimiento de una relación que aún intentaba superar de manera insuficiente.

A falta de tiempo por las extenuantes jornadas laborales a las que ella debía someterse para subsistir, habían decidido verse afuera del lugar en el que ella trabajaba como enfermera.

Al llegar al asilo el joven se recargó inmediatamente en una pared blanca al lado derecho de la puerta principal, envió el mensaje que había escrito minutos antes, “ya llegué, justo a tiempo”, y después guardó su celular en el bolsillo de su pantalón.

Observó las nubes desplazándose en el firmamento mientras su mano, casi por impulsos mecánicos, sacaba un cigarrillo barato de la cajetilla arrugada que se encontraba en su otro bolsillo y lo colocaba en su boca, tras lo cual comenzó a buscar nerviosamente su encendedor, preguntándose cómo sería finalmente mirar a los ojos a la mujer que había dicho amar después de tan largas y bellas conversaciones profundas en las que pareciera que sus almas se habían entrelazado por medio de la palabra, pasando de las perversiones más voluptuosas a los traumas vitales más estrambóticos que habían dado forma a sus vidas.

Tras prender el cigarrillo, Arturo se preguntaba cómo había sido posible desarrollar un vínculo tan intenso a través de mensajes de texto en una pantalla de luces codificadas en unos y ceros, cuestionaba cómo es que había llegado hasta ese punto mientras escuchaba voces femeninas provenientes de dentro del lugar. “¿Es ella?” se decía a sí mismo

expectante, mientras el sudor bajaba muy lentamente por su frente desde su cabello despeinado en forma de gotas que no duraban mucho antes de que su mano las barrierá furiosamente como si estuviera tratando de negarse a sí mismo, ocultar la corporeidad sudorosa y temblorosa que era él mismo y que tanto despreciaba debido a la incomodidad que le producía ese temor y ese temblor que clamaba su carne, esa expresión física de la expectativa y la esperanza, la adrenalina y la paradójica ambigüedad de sus sentimientos, danzando entre el deseo y la paralizante incertidumbre.

Sus pensamientos fueron interrumpidos por la aparición abrupta de una figura desconocida que se precipitó hacia el exterior desde aquella puerta que se abrió por completo repentinamente, ella emitió sonidos que Arturo al principio no entendía.

—Me asustaste —le dijo ella.

Acercándose a él con una mano cubriendo la sonrisa en su boca, pero el asustado era él, y más que otra cosa, confundido. “¿Es ella?”, pensó para sus adentros, pero todo aquello ocurrió muy rápido.

De forma inconsciente la postura del chico se irguió, su espalda recta con los hombros hacia atrás, porque así era como debía verse un hombre; era de ese modo que él buscaba constantemente ocultar su inseguridad, intentando compensar su continua autopercepción como una criatura patética.

Él le respondió amigablemente preguntándole, a quien aparentemente era su gran promesa amorosa, porqué se había asustado, intentando torcer la perplejidad de su rostro en una sonrisa que, fracasando en su fin, sólo expresaba el extrañamiento absoluto que sentía en todo su ser, y que transpiraba cada poro de su piel, por más loción que había rociado en su cuello.

Esa mujer no era Olga, esa fue su intuición primaria, pues el rostro que había asociado con los mensajes de texto como único referente real externo a la frialdad de la pantalla de su celular no se parecía en nada al

de esa mujer, esa extraña que penetraba en su espacio desequilibrando su mundo y ocupando por completo su mirada, la cual ella le regresaba.

Él se acercó a ella ignorando sus pensamientos y sentires, besando su mejilla y abrazándola, quebrando así la esperanza que tenía, toda la expectativa que había arrojado sobre ese instante tan esperado en el que su amada pasaría finalmente a volverse real, en el que podría verla ahí, de carne y hueso, sentirla, palpar su piel, compartir su calor y oler su cabello.

Él había imaginado un éxtasis en el que se suspendería el mundo entero, creyendo que se cortaría el flujo del tiempo mismo al fundir su existencia con aquello que tanto añoraba, en una eternidad perfecta y etérea que congelaría los segundos, pero en ese momento estaba ahí, logrando su deseo pero sin la más mínima satisfacción, el nirvana momentáneo que esperaba cedió el paso a un paroxismo doloroso de pura alienación.

La realidad caía encima de él aniquilando sus fantasías, y no podía evitar contrastar aquel desengaño con el modo tan idílico como recordaba el momento en el que salió por primera vez con quien mantuvo su relación anterior, ese momento en el que el mundo se había vuelto perfecto, como si la noche brillara tanto como el día y el sufrimiento fuera tan placentero como el goce.

Interrumpiendo su remembranza lamentable, Olga le dijo que debían caminar hacia un lugar que no fuera visible desde el asilo, hacia un parque que se encontraba en frente, habría que ocultarse porque le había comunicado a sus superiores que iba a salir “por algo”, de modo que, si la veían afuera “con alguien” podría tener problemas, lo cual generó aún más desconfianza en Arturo, quien la siguió sumisamente sin emitir palabra alguna.

Sin esperar a llegar al paradero desconocido al que se dirigían, Olga comenzó a cuestionar a Arturo de manera reiterada, casi neurótica, qué es lo que él pensaba de ella ahora que la había visto, como si estuviera

plenamente consciente de que su apariencia era completamente distinta de la que aparentaba, como si se sintiera desnuda y vulnerable al estar desprovista de los filtros digitales que habían modificado la imagen que Arturo asumió como real. Él fingió demencia regresando la pregunta:

—¿A qué te refieres?

Mientras se resignaba internamente en melancolía, asimilando que la persona con la que creía interactuar no existía fuera del chat que lo había enamorado, hecho que lo obligaba a resignificar toda su experiencia vital a lo largo del último mes.

Simultáneamente, Arturo se sentía culpable y se atacaba a sí mismo en sus pensamientos por ser superficial, intentando comprender que ella era Olga, y que su esencia permanecía inalterada a pesar de su aspecto, pero el sentimiento de haber sido engañado persistía, aunque no era el engaño en sí lo que más lo afligía, sino el hecho de no poder confiar más en ella después de este.

—No pienso nada, sólo que al fin puedo verte— respondió el joven ante el cuestionamiento compulsivo de Olga.

Abrazándola y cerrando los ojos, con la esperanza de callar el estruendoso ruido de la batalla interna que libraba mientras se dirigía con ella hacia el parque bajo el penetrante sol de verano que no ayudaba en absoluto a calmar la aversión insoportable que sentía hacia su propio sudor, el cual limpiaba obsesivamente de su rostro.

Al posarse detrás de un árbol, recargándose en una pared sucia, Arturo y Olga comenzaron a hablar; ella parecía seguir ciclada en lo mismo, mientras tanto él trataba de calmarse en el transcurso de la conversación, pero su atención se centraba de manera escrupulosa e inexplicablemente involuntaria en el árbol que estaba supuesto a proveerles sombra, protegiéndolos del sol directo que enrojecía la delicada piel del chico generando un ardor molesto que se sumaba a la desagradable sensación de las gotas que iban brotando de cada poro de su piel irritada.

Notaba que ese árbol estaba lleno de huecos a través de los cuales se filtraban los poderosos destellos del astro que permitía la vida en el mundo, arrugando su cara en un gesto automático destinado a evitar que se dañaran sus ojos. Olga también parecía sentirse molesta por el calor infernal que los absorbía, y obtuvo la completa atención de Arturo cuando le preguntó:

—¿Y si mejor vamos al cuarto?

Él se sorprendió, y extrañado le preguntó si tenía un cuarto, creyendo que por alguna razón había alquilado uno en un lugar cercano, pero ella respondió:

—El cuarto de la paciente.

Haciendo entender inmediatamente al joven a lo que se refería, tras lo cual este preguntó si aquello era correcto.

Accedió después de verla asentir, porque era incapaz de proporcionar una respuesta negativa a cualquier petición proveniente, en general, del sexo opuesto, hecho del cual era consciente, motivo suficiente para reprocharse a sí mismo la cobardía y pasividad que brotaban incansablemente de su falta absoluta de seguridad y estima en sí mismo. Él sabía que estaba mal, pero eso no evitaba que lo hiciera, incluso mientras lo tenía en mente, caminando detrás de Olga, como un perro amaestrado que sigue a su dueño con obediencia incondicional.

En el breve transcurso del trayecto, ella le dijo que si alguien preguntaba algo dirían que era el nieto de la paciente, lo cual relajó a Arturo al abrir un pequeño espacio a su extraño sentido del humor:

—Ah, sí, ¿y cómo se llama mi abuelita?

Vociferó sonriente con un tono sarcástico, en un alivio cómico que antecedió una respuesta seria y tajante:

—Constanza— dijo Olga.

Al abrir la puerta e ingresar, sin embargo, nadie realizó pregunta alguna, Olga permaneció caminando en un rumbo sereno y seguro por el pasillo en aquel espacio que le era tan familiar, mientras que a Arturo, quien lo observaba mientras prestaba atención a los pasos de su cita para poder seguirle el paso, le parecía demasiado blanco y extrañamente pulcro de un modo displicente.

Plantas claramente falsas colgaban del techo y se posaban en las paredes, imitaciones hechas de un plástico irreal que pobremente pretendía copiar la belleza viva del relajante mundo vegetal, pero que sobresalían, tías e inertes, de macetas con tierra verdadera, acompañadas por cuadros insignificantes en las paredes que sólo representaban, a sus ojos, manchas pobremente sobrepuestas de tonalidades pálidas de azul grisáceo y un desagradable amarillo mostaza que devenía poco a poco en un tono anaranjado y corrosivo.

Pronto se precipitaron ambos hacia el final de ese pasillo, que los llevó a una sala silenciosa en la que Arturo sentía que resaltaba más ese color blanco enfermizo e inquietante de las cuatro paredes, frente a las cuales yacían cinco mesas firmemente ancladas al suelo, del mismo insoportable tono de falsa calma, que sólo era interrumpido por los bordes negros de las mismas. En las sillas que circundaban todas esas mesas se posaban hombres y mujeres de mediana edad, supuestos a acompañar a los cinco ancianos que se encontraban repartidos en cada mesa, sentados todos en sillas de ruedas y conectados a través de intravenosas a contenedores que portaban líquidos de distintos colores, pero no parecían estar ahí ni los unos ni los otros, estaban todos en silencio.

Los ancianos respiraban lenta y dificultosamente con la mirada perdida en el suelo o alguna de las paredes, mientras que sus hijos o nietos suspiraban con el ceño fruncido, observando sus celulares o llenando formularios. Olga ni siquiera miraba lo acontecido, sólo seguía su rutinario camino, pero Arturo no pudo evitar pensar, ralentizando su paso, en que, sin darse cuenta, los silenciosos hombres y mujeres que

parecían estar ahí con indiferencia ante sus padres o abuelos, como si se tratara de un tedioso trámite, estaban ante su propio futuro, su destino ineludible, lo cual le causaba un estremecimiento melancólico.

Se sintió invadido por una angustia irrefrenable ante la contemplación de lo que entendió entonces como la finalidad misma de la vida, la concreción de la existencia en un mero prevalecer doloroso y vacío de sentido, lo cual le hizo recordar la naturaleza ineludible de la degradación y la enfermedad de los cuerpos, siempre agonizantes, desde el llanto que se produce en el nacimiento hasta el último aliento: Arturo se sentía cansado.

Reflexivo ante todo aquello que lo circundaba y desviando la mirada hacia el suelo, de un más amigable color arena, siguió a Olga, quien entró a otro pasillo, pobremente iluminado en comparación con la sala, que llevaba a un espacio en el que varias puertas únicamente distinguibles por combinaciones de números que parecían aleatorios se presentaban en una hilera. Olga se dirigió sin titubear hacia una de ellas dando una vuelta sutil hacia la izquierda, aquella con el número 4-46, extendiendo su mano hacia la perilla, abriéndola en un giro brusco y entrando ansiosamente, Arturo entró detrás de ella.

La mujer cerró la puerta mientras él caminaba cada vez más lentamente conforme su mirada enfocaba un bulto sin forma en una cama, ahí estaba ello, un cuerpo retorcido, como si hubiera colapsado en sí mismo. Su abdomen se expandía y contraía de forma repetitiva e irregular al mismo tiempo, emitiendo un sonido rasposo y chirriante que emergía de una boca grotescamente abierta que mostraba dos filas de dientes amarillentos, descansando bajo una nariz arrugada y un par de ojos entrecerrados que dejaban ver un par de masas pequeñas en forma de media luna, blancas y agrietadas, que al mismo tiempo parecían gelatinosas y secas. Arturo se movía de manera automática, giraba alrededor de aquel objeto incomprensible para él, rodeando la superficie blanda y acolchonada de la que “eso” parecía emerger como un brote de

la tierra en la que se esconden sus raíces, para sentarse en otra cama, igual a la primera, a contemplarlo en silencio.

El cuerpo marchito de lo que difícilmente el hombre lograba identificar como Constanza, su falsa “abuela”, provocaba en él un desasosiego que sobrepasaba con creces los límites de lo soportable para su mente anonadada; comenzó a sentirse como si estuviera fuera de sí mismo, alienado de la propia realidad que él se representaba a una distancia creciente, como si un mecanismo inconsciente se hubiera activado para mantenerlo cuerdo en una situación en la que su manera más propia de reaccionar sería con un explosivo grito desesperado y sollozante.

A manera de desahogo y como forma catártica de lidiar con su rompimiento traumático, Arturo había intentado escribir una novela en la que describiera sus sentimientos surrealistas ante la agobiante situación de haber sido abandonado por su pareja y, sin embargo, seguir teniendo que verla cada día en su trabajo. En su relato onírico y pesadillesco, el personaje que lo representaba a él mismo había caído enamorado intensamente de un hombre, Max, creyendo ser correspondido para después ser asesinado por él.

Citó a Arturo en un hermoso campo verde en el que tanto habían compartido momentos inolvidables y enterró un cuchillo frío en su corazón, diciendo un par de frases y llenándose las manos de la sangre de su amante, quien le pidió que la limpiara de su piel mientras se desvanecía creyendo alcanzar la paz, pero en vez de esto fue el abismo el que logró alcanzarlo, dejándolo vacío.

Entre lágrimas y sollozos, Arturo emergió quebrado de los escombros chamuscados de su mundo despedazado, sintiéndose en verdad muerto después de ser abandonado, deambulando por las calles —a partir de ese momento— agrietadas; entendió entonces que estaba en el infierno, pues, en el mundo de fantasía que representaba su dolor, la oscuridad había devorado el sol que antes lo iluminaba y el aire se había convertido en ceniza, sin embargo, lo verdaderamente insoportable era tener que

seguir viviendo, intentando ignorar el cadáver de su asesino, la persona que más amó, que lo seguía torpemente a cualquier lugar al que iba, moviéndose como una marioneta sin alma, arrastrada con violencia por hilos demoníacos que lo movían para atormentarlo, emitiendo sonidos desesperantes y primitivos.

Arturo recordó el orden en el que había expresado su dolorosa tragedia; los primeros días sollozaba, le gritaba esperando una respuesta, le decía aún lo mucho que lo amaba, intentaba abrazarlo, pero su frío le dejaba la piel oscura y magullada, haciendo que brotara su sangre anhelante de pequeños cortes ardientes, después le intentaba pedir explicaciones, pero en sus ojos no había más nada, y las palabras que creía escuchar en los patéticos gemidos que de su garganta emergían sólo lo hacían perder la cabeza en llanto y desesperación.

Al cabo de cierto tiempo era evidente su putrefacción, pues el olor se volvía más insoportable conforme transcurrían los segundos, provocándole náuseas, haciendo que se retorciera su estómago y paralizándolo en calambres que lo hacían pensar que algo destrozaba desde dentro sus entrañas, como si un parásito se fuera adueñando de a poco del amasijo resbaladizo y flácido de piel y grasa que había quedado de lo que alguna vez fue.

Mientras tanto el aspecto de lo que alguna vez fue su amado era cada vez más insoportable, y aunque no había nada en su mirada, sentía que lo observaba, llamando su atención con bruscos movimientos reflejo y alaridos desgarradores, caminando alrededor suyo, ensuciando cada cosa a su alrededor con su pestilente putrefacción, pero sin tocarlo jamás, que era en el fondo lo que más anhelaba: sentir una vez más la seguridad y el confort de su cobijo.

En las noches observaba la silueta de ese muerto viviente moverse sin rumbo, escuchando sus húmedas pisadas en el suelo que manchaba de sangre oscura y pellejos putrefactos, y sintiendo su peste destruirle el estómago cuando se le acercaba de manera repentina y azarosa en su danza caótica.

Arturo se lamentaba en su escrito de que nadie más pudiera ver el monstruo que lo acechaba tan insistentemente. Para los otros Max seguía siendo él mismo, mientras que en la mente atormentada de Arturo se había vuelto una presencia insoportable, como una suerte de mancha imposible de entender, y que sólo podía experimentar como fuente de un malestar insufrible, pero ahora estaba ahí, eso amorfo indescriptible, en carne y hueso, con la salvedad de permanecer en un mismo espacio.

Arturo sentía el palpar acelerado de su corazón como si estuviera en el espacio entre sus oídos, permaneciendo inmóvil ante los leves movimientos repentinos de la paciente.

Miraba horrorizado como constantemente abría la boca de manera semejante a como un cocodrilo abre sus fauces en el río a la espera de un pez que pueda devorar, forzando tanto la mandíbula que, evidentemente, si se intentara imitar su acción, sería doloroso y antinatural, al tiempo que emitía sonidos huecos desde su garganta, como el que se produce al agitar con fuerza una lata de metal.

Para él era inaudito el sentimiento de radical contradicción que le producía, por un lado, pensar en la posibilidad de que una persona que él amaba, como su madre, pudiera llegar a terminar en ese estado, o incluso él mismo, de manera que simpatizaba con el sufrimiento de lo que alguna vez había sido una persona, y por el otro, precisamente se veía incapaz de concebir aquello como una persona como él, lo cual lo horrorizaba.

Olga había notado la consternación de Arturo, fue a sentarse a su lado y le explicó:

—Tiene esquizofrenia, lleva ya doce años en esa cama, todo el tiempo está sedada.

Él sólo pudo murmurar:

—¿Cómo podemos permitir que una persona siga viviendo así?

Haciéndose un silencio que sólo era interrumpido por los ruidos perturbadores que emitía aquél pobre resto doloroso de una mujer muerta en vida, y Olga le respondió:

—Para muchas personas simplemente es demasiado difícil soltar, dejar ir a quienes aman.

Palabras que produjeron en Arturo una profunda indignación, convencido de que era totalmente inaceptable obligar a alguien a prolongar sin esperanzas su sufrimiento de manera injustificable e innecesaria por egoísmo, pero se quedó callado. Se limitó a preguntarle a Olga si el ruido que estaba haciendo Constanza, eso vivo-muerto ante sus ojos, era normal, ante lo cual ella respondió:

—Sí, lo hace todo el tiempo.

Hablando con un tono extrañamente condescendiente, para después añadir, casi con crueldad:

—Y a veces, de la nada grita, grita muy fuerte, como de dolor.

Advertencia que provocó en Arturo una tensión creciente que lo hacía temer desmayarse del miedo ante el sólo hecho de imaginar una situación en la que ese cuerpo comenzara repentinamente a gritar con violencia, pensaba en lo que haría si eso pasara, anticipando una suerte de colapso nervioso que lo llevara hasta las cimas de la desesperación, como se sentía en ataques incontrolables de pánico que de vez en cuando le sobrevenían al estar forzosamente cerca de Max en el trabajo, hasta el punto en el que debía buscar la manera de huir ante el dolor de esa mera presencia, insoportable por el sufrimiento inenarrable que de forma involuntaria tuvo que asociar a ese rostro, a esa voz.

En el paroxismo de esa presión agobiante que sentía en su pecho, cuando su vista comenzaba a nublarse, una lágrima brotó de su ojo derecho y comenzó a desplazarse hacia abajo por su mejilla temblorosa, que él sentía como si fuera un trozo de hielo que iba desgarrando su piel conforme se desplazaba por la temperatura de aquella fina gota que

contrastaba con el calor hirviente de su rostro enrojecido y contraído en una mueca arrugada.

Arturo se pasaba obsesivamente la mano por el rostro con la pretensión de evitar que esa lágrima pudiera ser notada por su compañera, y al mismo tiempo intentando negar su vulnerabilidad al desvanecerla en su cara, se dejó caer casi como peso muerto hacia Olga, abrazándose a su cintura de manera que su cara se ocultara en su cuerpo. Intentando esconderse de aquello que no podía dejar de ver como un monstruo que le provocaba pavor, como el niño insomne que, durante la noche, se cubre completamente bajo la sábana en su cama para evitar que las criaturas que su propio pensamiento proyecta en las sombras lo alcancen después de que apaga la luz.

—Tengo miedo— admitió Arturo.

Olga rio como si hubiera sido un gesto adorable antes de decirle que no había nada que temer. Arturo se entendía incapaz de afrontar una situación como la que imaginaba, pues no sabría qué hacer, pero Olga sabría perfectamente cómo controlar cualquier posible adversidad.

Él se arrojó a los brazos de ella en busca de consuelo ante la situación tensa y agobiante en la que ella misma lo había metido, y a la que él mismo había accedido ignorando su propia voluntad, pero la tensión persistió ante la posibilidad latente de que fuera a despertar la bestia en un grito que sumiría a Arturo en el horror más absoluto, hasta que, en un movimiento incomprensible, sus labios se fundieron con los de la única persona en la que, en ese instante, veía la posibilidad de salvación, y las manos de ambos comenzaron a deslizarse por sus cuerpos agitados como si sólo fueran uno.

La sangre del águila

Slaymen Bonilla | Cuernavaca, México

En vano he nacido,
en vano he venido a salir
de la casa del dios a la tierra,
¡yo soy menesteroso!
Ojalá en verdad no hubiera salido,
Que de verdad no hubiera venido a la tierra.
No lo digo yo, pero...
¿qué es lo que haré?
¡oh, príncipes que aquí habéis venido!
¿vivo frente al rostro de la gente?,
¿qué podrá ser?,
¡reflexiona!

El águila vio a diestra y siniestra, sus ojos se afilaron, estaban llenos de sangre, por lo que enfocar se le dificultaba. Escondido, detrás de los restos del templo que frecuentaba con su familia, buscó cualquier signo de vida. Cuerpos cercenados, sesos embarrados, corazones despojados. Los dioses los abandonaron, el sacrificio y el ritual se perdieron entre la maraña de zopilotes que arrancaban a los cuerpos de su alma. Intentó no hacer ruido, una piedrita podría delatarlo y, entonces, malgastaría la oportunidad de ir a Tamoanchan.

Su nacimiento marcó su muerte. Ahí, cuando salió de la casa del dios y vino a esta tierra, esta tierra de agonía y podredumbre, en donde las plumas se evaporan y el jade se quiebra. Él no pidió venir, mejor habría sido quedarse con el Dador de la Vida, disfrutando de los cantares, de

las luces turquesas que se levantan con el Fuego Nuevo, allá en la Región de los Muertos.

¿Qué hacer ahora? ¿En dónde estaban Motecuhzoma y Cuitláhuac? ¿En dónde estaba Cuauhtémoc? Los príncipes se desgarraron y se partieron en mil pedazos, como una pintura que se va borrando. La gente, su gente, fue aniquilada por un invasor cuyo dios hablaba del amor y del perdón. La cruz estaba llena de sangre, de un vómito que se esparcía por entre las heridas. Nunca los miraron de frente, nunca les extendieron la mano. Sus armaduras eran demasiado pesadas para ello. Esas bestias que relinchan escupían fuego, un fuego que arrasó México-Tenochtitlan, que se llevó a sus dioses, los cuales decidieron huir, desertar. Y el águila tembló, como un niño desamparado.

¿Habré de erguirme sobre la tierra?
¿Cuál es mi destino?,
yo soy menesteroso,
mi corazón padece,
tú eres apenas mi amigo,
en la tierra, aquí.

Se desplomó, cayendo sobre sus rodillas desechas. Él, un guerrero de la élite no podía dejar de llorar por su pueblo. ¿Cómo sostenerse? ¿Cómo seguir adelante cuando tu historia, tus antepasados, tus dioses han caído? Imaginó a su mujer y a sus hijos recorriendo el Mictlán, extraviados entre las sombras, sin su compañía. Y, mientras tanto, él se quedó abandonado, sin un lecho de cálidas pasiones nocturnas, sin las risas que bordean los amaneceres. El fatal destino lo alcanzó y cubrió con la piedra del jaguar a su familia, a sus amigos.

Dos caminos se le mostraban. El primero era esperar, ser cauteloso y esperar, la noche arroparía los sueños de esos falsos dioses blancos. Eran soberbios y se dejaban arrastrar por los excesos. Hoy festejarían y mañana también. Las mujeres prestadas o secuestradas tendrían que endulzarles el oído para asegurar su supervivencia; bailarían y beberían alcohol y

luego, con suma hipocresía, entonarían cánticos a sus *tres dioses*, hasta que el sueño devorase sus conciencias intranquilas. Ese sería el momento clave. Huir e internarse en los bosques, en las montañas, en los ríos. Ser un eterno fugitivo. Podría presentarse ante algún señorío, ir cargado de las funestas noticias, implorar su piedad; pero esto sólo sería alargar la agonía. El hombre blanco no tiene llenadera, así que, de seguro, seguirán destruyendo todo a su paso con tal de llenarse las manos de piedras preciosas. Este mundo tarde o temprano va a caer.

La otra opción comienza con el mismo trazado, sólo que apela a la venganza. Matar a unos cuantos antes de ser derribado por sus artes oscuras. Nadie se acordará de él, su nombre se marchitará, pero volverá a estar con ellos a la brevedad. Puede que hasta los alcance en el primer o segundo nivel.

La cabeza se llena de dudas, la valentía y el coraje se han diluido entre los ríos de sangre. Se pone de pie con las sienes palpitándole sin descanso. Duele saberse perdido, con una voluntad exterminada, sin deseos, anhelos o sueños. ¿Qué más puede hacer? Su mundo se rompió, llenándose de sufrimiento y dolor. ¿Hay alguna luz que pueda sostenerlo? Las palabras de los viejos sabios se despiertan en su espíritu.

¿Cómo hay que vivir al lado de la gente?
¿Obra desconsideradamente,
vive, el que sostiene y eleva a los hombres?

No puede dejar de blasfemar para sus adentros. Toda su vida fue un excelente hombre. Vivió para su ciudad, para su familia, para sus dioses. Se formó en el Calmécac, pues era descendiente de un buen linaje de guerreros y gobernantes. Su misión era la de proteger a sus conciudadanos, a su gente. Por eso, cumplía los rituales a cabalidad, se purificaba constantemente, quemaba copal, hacía penitencia con espinas de maguey. Desde pequeño no hizo otra cosa que entrenarse para ser de los mejores. Era responsable y respetuoso. Entonces, ¿por qué pasaba

esto?, ¿no se suponía que el Gran Tloque abrazaría a quienes fueran buenos? En cambio, la lluvia quemaba, llagando su cuerpo. Quizás era un demonio el que cortaba los hilos de la historia. El Quinto Sol se iba apagando.

¡Vive en paz,
pasa la vida en calma!
Me he doblegado,
sólo vivo con la cabeza inclinada
al lado de la gente.
Por eso me aflijo,
¡soy desdichado!,
he quedado abandonado
al lado de la gente en la tierra.

Decidió sentarse, de nada le serviría estar a la expectativa. La calma era mejor, un elixir para los desamparados. Agachó la cabeza, sabiéndose doblegado. Esta es la visión del que fue vencido. Lleno de aflicción, desventurado porque es el último en pie, el que se esconde como un niño temeroso. Puso la mano en el vientre de su compañero caído. Disfrutaron de grandes momentos juntos, una dupla que capturó a decenas de soldados enemigos para ser sacrificados por el sumo sacerdote. También hicieron misiones de espionaje, logrando evitar varios complots para asesinar al tlatoani. Y, ahora, estaba atravesado, con muñones en vez de manos y los ojos perdidos en lontananza.

Unos soldados pasaron cerca, riéndose mientras pateaban los cuerpos amontonados y los despojaban de sus atavíos. La ira lo invadió. Apretó con fuerza su macuahuitl, cuyas obsidianas estaban rotas, y se mordió la lengua tanto como pudo, hasta hacérsela sangrar. De su boca emergió un silbido como de ave y de su garganta el rugido de un jaguar. Esto alertó a los españoles, quienes decidieron replegarse ante un posible ataque.

¿Cómo lo determina tu corazón,
Dador de la Vida?
¡Salga ya tu disgusto!
Extiende tu compasión,
estoy a tu lado, tú eres dios.
¿Acaso quieres darme la muerte?

La muerte es una utopía, un lugar al que vamos para no sufrir más. Seguramente estás enojado conmigo, con nosotros, mi señor Ometéotl, no hemos sido fieles a tus mandatos, por eso nos has olvidado. ¿Qué otra razón puede haber para que un dios carpintero se haya impuesto en tus territorios? Está por anochecer, la sombra del nahual comenzará a proyectarse sobre la luna, que nos vigila con su manto de plata. Mi Señor, te pido que nos excuses por nuestra cobardía, si es que la hubo, te pido que depongas tu disgusto.

Soy mortal aquí en la tierra, con mis hermanos asesinados y mis hermanas violadas. Eres nuestro Padre y nuestra Madre, tu compasión puede despertarnos de esta pesadilla. ¡Que México no caiga! ¡Que las tumbas exhalen un aroma de cempoalxóchitl! Voltéame a ver, no me desprecies, estoy aquí, a tu lado. No escucho tu voz, parece que me has abandonado. Consagré mi vida a tus designios, a engrandecerte; y tú me dejas sumergido en la oscuridad. Tengo frío, mi cuerpo tiritita. Algunos gritos se siguen escuchando. Al menos, nosotros matábamos para sacrificar, ellos matan por el mero placer, sin utilidad alguna, matan por matar.

El hambre comienza a hacer crujir mi estómago, tengo sed, y tú no te dignas a acogerme en tu seno. ¿Qué quieres de mí? Yo sólo te pido piedad, si es hora de morir, envía un trueno que parta mi cabeza en dos. El sueño de la muerte puede silenciar las voces que me persiguen, el dolor que se grita desde las entrañas. Mis labios están partidos, no puedo seguir hablándote si tú no me respondes. Mejor será internarme en la maleza o en el lago. Si tú no puedes darme de comer con tu palabra, yo buscaré que la carne satisfaga sus impulsos, me devoraré a mí mismo si

hace falta. No somos más que un viento que se dispersa en la inmensidad del Anáhuac.

¿Es verdad que nos alegramos,
que vivimos sobre la tierra?
No es cierto que vivimos
y hemos venido a alegrarnos en la tierra.
Todos así somos menesterosos.
La amargura predice el destino
aquí, al lado de la gente.

Y pensar que fue hace poco cuando cargué a mis hijos, cuando besé a mi esposa, cuando abracé a mis padres. Vivíamos ajenos a la suerte que nos esperaba. La felicidad, la alegría son acaso una ilusión, estamos tan lejos al “mañana” que asumimos que todo seguirá como hoy. El pasado nos fue arrebatado, el futuro es incierto. ¿Qué nos queda? El presente se escurre. Afirmamos la vida, ¡como si hubiese sido hecha para nosotros! La verdad es que, en esta danza cósmica, somos meros peones.

El pulque se acabó, cuajándose en las arrugas de la tierra. Nuestras vísceras volverán al lugar del que salieron. El tiempo se me está agotando, he quedado huérfano. Si tan sólo pudiera volver al vientre de la Coatlicue, internarme en el Citlaltépetl, buscar algún tesoro o rogar por mi absolución. No vine a ser feliz, vine a trabajar, a arar el campo, a recoger la voz de mi pueblo.

Que no se angustie mi corazón.
No reflexiones ya más.
Verdaderamente apenas
de mí mismo tengo compasión en la tierra.

La cabeza me da vueltas. He dejado de oír a mi corazón. Mi rostro y mi corazón se están desvaneciendo, pues la flor y el canto palidecen ante la masacre, pero debo encontrar la sonrisa que acalle a los espantos. No

hay utopía sin dolor, no hay esperanza sin sufrimiento. Mis hijos llorarán, para luego reír. Podrán olvidarnos, pero mis cantos se erguirán como columnas de luz, que atraparán a las pesadillas y los cobijarán en las noches, una canción de cuna que los arrulle, que les permita conciliar el sueño en medio de la hecatombe. Hemos sido conquistados y, ahora, podemos rebelarnos. Alcanzaremos la libertad luchando con la piel. Que quede el testimonio de la sangre del último guerrero águila, que permanezcan sus anhelos.

Ha venido a crecer la amargura,
junto a ti y a tu lado, Dador de la Vida.
Solamente yo busco,
recuerdo a nuestros amigos.
¿Acaso vendrán una vez más,
acaso volverán a vivir?
sólo una vez perecemos,
sólo una vez aquí en la tierra.
¡Que no sufran sus corazones!,
junto y al lado del Dador de la Vida.

El águila por fin tomó una decisión. Esta tierra llena de amargura no podía ser su hogar. Seguro que esta era una prueba que el Dador de la Vida le ponía enfrente para regresar a su lado. El recuerdo de sus amigos se hizo presente. Bailes, fiestas, combates, algarabía. Ellos ya no estaban y nunca más estarían, al menos hasta donde él discernía. ¡Quién sabe! Quizás pronto se pudiesen reencontrar, aquí o allá. Por lo pronto, la muerte era una sola, un chispazo que se diluye entre la fugacidad del momento. Ellos estaban bien, él seguía sufriendo. ¿Para qué lacerarse? Sólo una vez...

El sol iba despuntando, despacito, lento. Los caballos relincharon y los metales se afilaron. Salió de su escondite, lleno del orgullo de haber pertenecido a una estirpe de guerreros, a un Imperio que se desmoronaba. Huitzilopochtli no lo abandonó; sus reflejos hincharon su

rostro magullado. Una ligera brizna comenzó a caer, con la cual él pudo hacer ablución. Tláloc lo empapó, arrojándolo. Los españoles lo vieron venir. Era una sombra deshecha, por lo que, al principio, ignorantes y supersticiosos, creyeron que el mismísimo diablo se les presentaba. Mas, cuando descubrieron bien su penacho y su cuerpo amoratado, levantaron sus armas y comenzaron a escupir improperios y burlas. Quedaba por invocar al último de los dioses, al que pareció jugarles una broma, al que se hizo hombre y les enseñó a cultivar y a ser virtuosos. Inhaló fuerte, muy fuerte y Ehécatl-Quetzalcóatl penetró en sus pulmones, llenándolos de la vida que el dolor del mundo, ese gran fastidio universal, iba carcomiendo. Su mano se elevó y el técpatl se incrustó en su garganta. Con la sangre manando a chorros alcanzó a gritar... ¿Qué fue lo que dijo? Eso nunca lo sabremos.

Gente sin suerte

Ana Belén Rodríguez Quetglas | Palma de Mallorca, España

El empleado Félix S., oscuro oficinista de una aún más oscura compañía de seguros, era un hombre de unos treinta años, soltero, sin familia (sus padres habían muerto hacía tiempo), sin fortuna, sin amigos, un sujeto que no resultaba especialmente brillante en nada, pero del cual tampoco podría decirse que fuera una nulidad.

Lo definiríamos como la imagen misma de la mediocridad. Desprendía insipidez por los cuatro costados. Hasta nos resultaría difícil describir su aspecto. Ni alto ni bajo, ni flaco ni grueso, un rostro carente de expresión, fealdad o belleza, difícil de recordar, color de cabello y ojos indefinido. Habitualmente callado, pero no tímido, y educado, pero no adulador, pasaba del todo desapercibido. El supervisor del departamento en el que trabajaba, don Publio, era extremadamente estricto en cuanto a la conducta de sus subordinados, llegando a la irritación más expresiva si alguno de ellos, sin causa justificada, faltaba a las reuniones que eran convocadas periódicamente en su despacho. Félix tuvo la desgracia de sufrir un percance en uno de esos días y no pudo avisar. Pero don Publio no pareció irritado; sencillamente, en el transcurso de una reunión laboral que duró dos horas largas y en la que estaban convocadas poco más de media docena de personas, ni siquiera había notado su ausencia.

Sin embargo, no era Félix menos inteligente que sus compañeros, siendo su rapidez de pensamiento quizá superior a la de ellos; simplemente, cuando abría la boca, sus palabras, con frecuencia atinadas, se desvanecían en el aire sin dejar rastro alguno. Y después, ante sus mismas narices, alguno de sus colegas se atribuía una observación

anteriormente formulada por él sin éxito alguno. Y el colega obtenía de inmediato el reconocimiento que a Félix le era negado.

Por supuesto, con lo dicho no pretendemos disculpar la conducta de Félix S., el oscuro oficinista de una aún más oscura compañía de seguros, ni siquiera aventurar una explicación mínimamente sensata de lo que habría de acontecer después. Nos contentaremos con ofrecer al lector una panorámica de la poco halagüeña situación en que nuestro protagonista se encontraba. Pero incluso el ser más miserable del mundo (y ya hemos dicho que a Félix no le faltaban cualidades) conserva en su interior, de forma más o menos escondida, de manera más o menos consciente, la esperanza de que todo cambie a mejor.

Ah, la esperanza. Podría escribirse largo y tendido sobre ella, y no llegaríamos jamás a aclarar si es una bendición o una maldición, una ayuda o un estorbo, una forma de alejarse de la realidad o de evitar circunscribirla en límites tan estrechos que impidan todo tipo de mejora personal, de autocrecimiento, de desarrollo de las propias habilidades.... Pero basta. En el caso que nos ocupa, la esperanza se conservaba. Y quien la albergaba no sólo era consciente de su presencia, sino que, además, la cifraba en hechos concretos, referidos, cómo no, al trabajo y al amor. Empecemos por el segundo.

Había una persona que ocupaba su mente desde hacía tiempo: Camila, la secretaria de don Publio, una bonita muchacha de veintitrés años objeto de púdicas atenciones por parte de sus colegas, todos ellos casados. Félix, que era tan invisible para el sexo opuesto como lo era para el propio, no se había hecho ilusiones, pese a que la sonrisa de Camila, su despeinado cabello rubio y su perfume cítrico (Félix pensaba que todo en la muchacha, incluida su tez y el color habitual de sus vestidos, tendía al amarillo o, si se quiere ser menos prosaico, al dorado) le atraían irresistiblemente. Como era de prever, se enamoró de ella. Lo que nadie, y mucho menos Félix, hubiera podido prever, es que Camila no sólo le correspondiera, sino que incluso tomara la iniciativa.

La joven secretaria no se saltó ni un solo peldaño en la escala de la seducción. Empezó con amables saludos, siguió con breves conversaciones, y culminó con una invitación a desayunar. Félix no cabía en sí de gozo y de expectación. La cita fue, en su opinión, un éxito: se sintió menos cohibido de lo esperado, si bien ella parecía distraída y ausente.

—A mí también me encanta el cine —decía vacilante Félix—. Muchos fines de semana voy al Odeón, donde proyectan magníficas películas en versión original. Dicen que es excelente ver películas en versión original. Así uno adquiere facilidad para aprender idiomas. ¿Te gustan las películas de arte y ensayo? ¿Camila?

Camila miraba fijamente por encima del hombro de Félix. A la tercera mención de su nombre, pareció bajar de las nubes y, pestañeando de una forma que a su compañero le pareció adorable, contestó resueltamente que a ella el arte le encantaba, y que de pequeña pintaba magníficas acuarelas que eran la admiración de su profesor de dibujo.

Félix se sintió impresionado y, aunque no tenía ni idea de acuarelas, se prometió regalarle algunas. Le preguntó qué era lo que más le gustaba pintar. Camila respondió que a ella las películas de arte y ensayo le aburrían, y que si, como solía ser el caso, eran en versión original, le exasperaban, que si su intención fuera leer, iría a una biblioteca, no a un cine.

Félix se decía que su amada se hallaría agobiada por las difíciles circunstancias de la vida (sabía que era huérfana y que vivía con bastantes estrecheces en compañía de una enfermiza hermana menor), y disculpaba su actitud poco atenta. En su mente, Camila y él estaban ya comprometidos, casados, y a punto de formar una familia. No es que a Félix le agradaran especialmente los niños, pero casi todos los hombres de su edad que conocía, simpáticos y desenvueltos, eran padres, y asociaba la paternidad con el éxito. No obstante, una familia necesita del sostén que le da el cabeza de la misma. No dejaría que su futura mujer siguiera trabajando en aquella oficina, rodeada de antipáticos moscones.

Se merecía una bonita casa, unos hermosos vestidos, quién sabe si incluso una criada. Su hermana, a quien suponía una dulce y paciente enfermita, se iría a vivir con ellos, cerrando el círculo de felicidad doméstica.

Pero con su sueldo, no le llegaban las cuentas. Y aquí estaba la otra esperanza de Félix: un ascenso laboral que le permitiera vivir, no con lujos, pero sí con cierto desahogo. Se trataba del puesto que Leandro, al jubilarse, había dejado vacante: la jefatura de la Sección de Siniestros, que ahora esperaba nuevo titular. De entre los empleados de menor edad (el resto ya había obtenido buenos destinos) él era el de mayor antigüedad y, con mucho, mayor experiencia y productividad. El mismo don Publio, en los últimos días, le había observado un par de veces con cierta benevolencia, o así le pareció a Félix, mientras bregaba con expedientes de antiguas reclamaciones aún no resueltas. Tenía claro que nadie merecía más que él ese ascenso. Se devanaba los sesos buscando competidores, pero no hallaba ninguno que fuera digno de consideración. Tomás había llegado hacía una semana a la oficina, y su experiencia era nula. Marcelo llevaba allí unos años, pero era conocido por sus frecuentes ausencias laborales (debidas, según algunos, a una pertinaz dipsomanía) y pocas luces. Fabio, con quien Félix había hecho buenas migas, tampoco era competencia: llevaba sólo dos meses en Seguros, no tenía ni idea de siniestros, y era un charlatán de brillante envoltura, pero escasa enjundia: podía deslumbrar a las personas menos avisgadas, pero a las más expertas (Félix se tenía por experto en este terreno, y aún más a don Publio) no las engañaba.

—¿Aún sigues aquí? — preguntó Fabio, poniéndose el abrigo y disponiéndose a partir.

—He de terminar este expediente, luego me voy enseguida.

—Si tuvieras quien te esperara en casa, no pasarías aquí tanto tiempo —rio Fabio—. O pasarías tal vez más, quién sabe.

Se fue alegremente mientras Félix esbozaba un saludo con la mano. Por los motivos antedichos, Fabio no le caía del todo bien. Pero era el único a quien podía considerar algo así como un amigo en todo el departamento, así que aguantaba las bromas a su costa e intentaba mirarle con benevolencia y un sí es no es de disculpa.

Y así estaban las cosas cuando sucedió algo raro, realmente extraño.

Una noche de finales de noviembre Félix salió de su trabajo, como de costumbre, el último. Se despidió mecánicamente del portero, que le respondió con un bostezo, y, enfilando las oscuras y estrechas callejuelas que le llevaban hasta su apartamento, situado a unos diez minutos de la oficina, se sumió en profundas cavilaciones.

No había nadie por las calles, rodeadas de altos edificios y con unos escasos faroles que desparramaban una luz fantasmal. El empedrado, en bastante mal estado, resonaba ruidosamente en el silencio de la noche a cada paso que daba Félix. Hacía bastante frío y el aire era lo único que despedía frescor entre aquellas paredes húmedas y ennegrecidas. Un gato cruzó de un portal a otro y desde allí se quedó contemplando al viandante. Pero él no veía nada. Acostumbrado a hacer el mismo trayecto varias veces al día, no prestaba atención a nada de lo que sucedía a su alrededor. Era lo más parecido a un autómatas.

Llegado a su pequeño e incómodo apartamento, se derrumbó en el sofá y permaneció como media hora a oscuras y en silencio. Le pareció que sus pensamientos seguían el mismo rumbo trillado de otras veces: Camila, Leandro, don Publio. Se preguntaba qué estaría haciendo Leandro, si disfrutaba de su jubilación. Sabía que vivía solo, y, por primera vez en su vida, sintió curiosidad por él. Habían trabajado diez años uno al lado del otro, e ignoraba cuáles eran sus aficiones, sus ambiciones (si las tenía), sus anhelos. Le sorprendió notar lo poco que se había preocupado por su compañero, aunque, a decir verdad, él tampoco había hecho grandes esfuerzos por conocerle.

¿Era eso una excusa?, se cuestionó Félix, y el dorado cabello de la amarillenta Camila, el rostro bondadoso de ojos miopes de don Publio y la redonda e inexpresiva cara de Leandro se alternaron en su mente hasta casi fundirse en una sola. De súbito sintió un ahogo y la necesidad urgente de respirar el aire frío de la noche. Le pareció que casi se desvanecía, lo cual no era en absoluto habitual en él. Agarró el abrigo y se dispuso a salir de casa.

No sabríamos decir qué fue lo que le impulsó a cambiar de idea, volver atrás y dejar el abrigo en el perchero. De haber seguido adelante, los acontecimientos se habrían desarrollado de otra manera. Regresó a su rincón. Tumbado en el sofá, sentía el corazón latir furioso dentro del pecho. Estaba empezando a calmarse cuando llamaron a la puerta.

Ya podemos imaginarnos que Félix no era hombre que recibiera visitas con frecuencia, y menos a las diez de la noche. Apenas conocía a sus escasos vecinos. El del piso de abajo le avisó una vez, años ha, de unas humedades que tenía en el techo. Se convenció de que alguna fuga de agua estaba ocasionando goteras, y le pareció que oía el ruido insistente, irritante, monótono, del agua cayendo desde el techo al suelo.

Se levantó, abrió la puerta, y su asombro fue mayúsculo cuando, en vez del vecino ansioso, quien entró fue Fabio, que parecía también ansioso. De hecho, penetró en el recibidor como una exhalación y Félix, desconcertado por su palidez, de inmediato le sirvió una copa de un licor que guardaba para tomar en pequeños vasos los días festivos.

Fabio aceptó la copa, se sentó en el sofá que Félix le ofrecía, y empezó a disculparse por acudir a importunarle a semejantes horas, a quejarse del frío que hacía en la calle, no obstante no excesivo, según él, para lo que solía ser esa época del año, y tras otros entrecortados prolegómenos se decidió a entrar en materia.

—Esta mañana, a primera hora, don Publio ha venido a verme. Me ha pedido que fuera a su despacho. Esperaba una buena reprimenda por

la cantidad de trabajo que llevo atrasado, pero imagínate que me ha propuesto ocupar el puesto que dejó Leandro.

Félix se quedó clavado en el sitio.

Fabio le miró de un modo extraño, diríamos que con suspicacia. Y, ya más calmado, prosiguió.

—Sí, me ha sorprendido tanto como a ti, según veo. Todo el mundo daba por sentado que ese ascenso iba dirigido a ti. De forma automática. La antigüedad, ya se sabe. Pero don Publio afirma estar gratamente impresionado (creo que esas han sido sus palabras exactas) por mi capacidad e iniciativa, que, según él, no posee nadie más en el departamento. En tal alto grado, quiero decir.

Félix sintió de nuevo que se ahogaba y sin pensar en lo que hacía se sirvió una copa de licor, mientras que Fabio ya había dado buena cuenta de la suya.

—No sé hasta qué punto afectará esto a mi relación con Camila —continuó Fabio—. Porque, sabes, ahora voy a tener que tratar con ella de continuo. Don Publio quiere que yo sea su mano derecha en la oficina, y ella es su secretaria personal.

El visitante se levantó, echó él mismo mano de la botella y se sirvió un generoso trago de licor.

—Naturalmente, te pido discreción —dijo en un tono de voz más bajo, vaciando de nuevo la copa—. Yo soy un hombre casado, y lo último que necesito es que se conozcan nuestros amoríos. Sé que en ti se puede confiar, eres una persona discreta que nunca ha dado que hablar. Ojalá todos fueran como tú. En la oficina se murmura de todo el mundo. La misma Camila, para desviar sospechas, ha empezado a coquetear con un tipo aburridísimo que, por lo visto, bebe los vientos por ella —Fabio soltó una carcajada—. No ha querido decirme quién es ese pobre desgraciado. Supongo que trabaja en otro departamento, porque en el nuestro todos están casados salvo tú.

Sucedió de repente, ¿de qué otra forma iba a suceder? Una olla de presión no avisa antes de explotar. Fabio oyó un ruido seco y sintió un fuerte golpe en la frente. Un líquido brillante y pegajoso empezó a resbalarle por la cara, nublándole la vista. Los oídos empezaron a zumbarle. Sintió que se desmayaba.

Al día siguiente, Fabio no acudió a la oficina. Don Publio, preocupado, llamó a su esposa, e intentó averiguar sin éxito qué había sido de él. No se le volvió a ver. Al cabo de unos días, le llamó la atención el retraso en el despacho de algunos asuntos que correspondían a la Sección de Siniestros. Hizo las oportunas averiguaciones y descubrió que también el empleado Félix S. faltaba a su trabajo desde hacía varios días. Tampoco se le volvió a ver.

El faro*

Fabio Ciraci | Lecce, Italia

La tierra tembló imperceptiblemente. Desde lo alto del escollo, el faro pareció oscilar ligeramente. Aún durmiendo la última hora de su reposo, el guardián se despertó con un oscuro presagio. Con sus brillantes ojos, entrecerrados y cubiertos por pestañas tupidas y grises, escrutó el horizonte en busca de señales. Sin embargo, no logró divisar ninguna. El mar era tan plano y silencioso como un espejo y reflejaba palidamente la luz ámbar de principios del mediodía. Extrañamente, en el peñasco no había gaviotas y una quietud surreal y premonitoria cubría la costa como una manta invisible.

¿Qué había pasado con todas las aves marinas?

Ninguna gaviota surcaba el cielo desde el mar o chirriaba en el peñasco. ¿Qué había sacudido desde su interior al islote de Sant'Andrea? Aquel gigante blanco y calloso, clavado como un palo en una roca fronteriza, permanecía inmóvil en su parcela de rocas azotada por el viento, invencible en mar abierto. Había sido una ola casi imperceptible, una vibración subterránea que, ascendiendo por el eje del faro desde los abismos, se había disipado poco a poco, brotando sobre el penacho de la linterna. El puerto detrás del islote, alargado en forma de medialuna hacia el interior y situado al lado de la ciudad antigua, también estaba en silencio. Sólo algún barco pesquero desfilaba perezosamente entre los destellos del puerto, desafiando las primeras ráfagas lívidas de la noche. Como siempre, la luz del faro ya giraba una hora antes del ocaso y, volviendo sobre sí misma, en el breve latido de aquel resplandor, casi parecía que no era la linterna la que daba vueltas velozmente en torno al

* Traductores: Carlos Darío Romero y Gabriel A. Saia.

pivote del momento, sino que en cambio todo el islote de Sant'Andrea se arremolinaba como una piedra sujeta a un cordón de luz o como una roca en una resortera atada a un elástico. La luz del faro era el fulcro del espacio y el tiempo; el resto del mundo giraba a su alrededor. Al menos eso era lo que siempre había pensado el viejo guardián, acostumbrado a pasar sus días y sus noches en aquel lugar elevado por encima del mar, en el islote que da a la ciudad antigua, erigiéndose orgullosamente hacia adelante como una pica sobre el golfo, rodeada de muros y bastiones. También él se sentía como una especie de caballero. Se imaginaba como uno de esos treinta y cuatro barones rebeldes que, atrincherados en el castillo aragonés, resistieron a Carlos I durante siete meses. En definitiva, le gustaba pensar que su trabajo consistía en arrojar “luz sobre la oscuridad” con su faro y marcar la línea de seguridad para los barcos en alta mar. Al fin y al cabo, hace años, tras sus estudios clásicos, había decidido tomar aquel puesto de guardián. Tomó la decisión de retirarse de aquel mundo que comprendía cada vez menos y se volvía cada vez más caótico, anónimo y enfermo de velocidad. Un mundo ruidoso.

Ser guardián era un excelente oficio. Uno podía obedecer el imperativo categórico sin dar un paso y sin mezclarse con la gente. Ser moral sin doblegarse a los compromisos que exige el consorcio humano. Claro que, para estar más cómodo, a veces era necesario tomar una lancha para ir a la ciudad por provisiones. Sin embargo, gozaba de un inmenso privilegio. ¿Quizás no era verdad que “la soledad puede conducir a formas extraordinarias de libertad”? Ciertos días, ni siquiera el mismo guardián sabía qué hacer con esta libertad: si es obligatoria, no reconforta. Es así que se había puesto a estudiar para matar el tiempo sin necesidad de ningún compromiso o examen a superar. Estudiar tan solo para sí mismo. Y la lectura lo había revitalizado, lo había cautivado, transportándolo a costas exóticas que nunca habría conocido para vivir la vida de *Achab* y gritar “sopla” sin haber visto jamás una ballena. O bien beber *ron* junto a Long John Silver. Y así, leyendo un ensayo sobre Stevenson, se había topado de nuevo con el nombre del gran pesimista: “la gigantesca sombra de Schopenhauer se extendía muy alta desde la

tierra hasta el cielo; ahora, al menos, parecía realmente gigantesca, aunque algunos de nosotros ya teníamos la sensación de que la sombra era más grande que el hombre”. Aquel viejo socarrón, discípulo de Kant y de Buda, siempre le había despertado cierta simpatía. Sin embargo, un pesimista es un tipo que hizo mal los cálculos, pues nacer —pensaba para sí— es un regalo. Ciertamente, un regalo con algunas pequeñas deudas que saldar. Una herencia onerosa, pero una herencia al fin y al cabo. Los *sapiens* eran extraños y peligrosos: la única especie que había puesto en peligro la vida de todas las otras. El ser humano era un animal vertical: en el *zenit*, estaba san Francisco o Miguel Ángel; en el *nadir*, en cambio, Hitler o un violador suburbano y desconocido. En el medio estaba la marea humana, el hombre promedio como nivel del mar, incapaz de elevarse o sucumbir. Una ola domesticada por el viento y las corrientes.

Ciertamente, no se le puede criticar a Schopenhauer que la vida está llena de sufrimiento. Sin embargo, no se puede hacer ningún balance: las alegrías y los dolores no se pesan con una balanza. Tampoco se pueden quitar o adicionar las alegrías y los dolores; sería como sumar “manzanas y peras”, tal y como diría algún maestro de escuela. Sin embargo, la vida tenía el sabor de una serba: a veces dulce y madura, a veces agria. “Es preciso también que si uno mordió una pérfida serba la escupa”, como había escrito aquel joven italiano del que había leído algunas páginas hace un tiempo. La idea de un joven lleno de vida y radiante se desvaneció cuando descubrió que aquel veinteañero oriundo de Gorizia, una ciudad fronteriza, se había suicidado. Quizás el último acto fue por tristeza, por amor o una disimulada enfermedad venérea. Sin duda, no por su forma de pensar.

Después de hacer una tesis de filosofía antigua, él mismo había elegido una vida retirada. Había sido traicionado por su mujer, su primera y más grande pasión. Sin embargo, el amor tiene sus costos. Y la soledad es uno de ellos. Se trata de un paliativo, como las drogas o el trabajo. O decides estar entre los seres humanos, darte codazos con y entre ellos, para gozar de la seguridad y la comodidad; o bien eliges la

soledad y la incomodidad. Debes elegir a qué tipo de malestar vas a someterte: estar a favor de la civilización o contra ella. Nada más. Sin embargo, uno no puede permanecer suspendido en el aire. Hay que comprometerse. Estaría bien que existiera una Nada caritativa, un otro absoluto capaz de redimirnos de todo dolor y del inconveniente de haber nacido. Ah, aquel Cioran... Cómo lo había tentado en su época de estudiante. Pues, aunque se tenga el corazón ligero, en el vacío una pluma cae a tierra con la misma velocidad que una bola de plomo. Y aquel tipo que se regodeaba de haber descubierto el oscuro centro del mundo, Schopenhauer, era un gran sabelotodo: predicaba la compasión universal pero evitaba al prójimo; teorizaba sobre la ética animal, pero engullía un pollo todos los días. Sin mencionar la teoría del arte: ¡tenía un genio insoportable! Un hombre tocado por el destino generoso sin ningún mérito o esfuerzo, incluso capaz de captar la esencia del mundo. ¡Y sin hacer nada para cambiarlo! Contemplar el drama y permanecer indiferente. Sin catarsis, sin participación. ¡Qué genialidad! ¡No, mi estimado pesimista! Hay que trabajar y romperse la espalda. Hay que hacer algo más que solo contemplar. Hay que ser humilde. Basta con leer a Kant, un colega mío. Él también está en el límite, con los pies en el duro escollo de la experiencia. Hay que arrojar una mirada sobre lo sublime, sentirse pequeño e insignificante, como si se estuviera frente a este mar inmenso cuando las olas blancas y espumosas se hinchan con el viento y amenazan a los marineros.

Sin embargo, en el cielo hueco, que perdía su color en el horizonte dando paso a la noche húmeda, la espera de un acontecimiento impredecible palpitaba. El puerto se despertaba con voces humanas y la ciudad antigua sobre el golfo se llenaba de ruido y de vida. La naturaleza estaba en silencio. También, las redes de los barcos pesqueros en alta mar no recogían pescado. Parecía que el mar se había vaciado. Parecía que el viento se había disipado a lo largo del islote desnudo, generalmente barrido por las olas. El faro vibró nuevamente y esta vez con fuerza. Del estante en la pared cayeron al suelo una baratija y una vela usada. El grabado de la fachada de la catedral de Sant'Agata que colgaba en la

pared se inclinó y, de la biblioteca, se cayó la *Ethica more geometrico demonstrata*, aterrizando torcida en el suelo. El mar retrocedió lentamente, como succionado por la noche y un estruendo resonó desde el fondo del horizonte con un salado aliento de posidonia. El guardián solo necesitó un momento para comprenderlo. Por supuesto, se trató del resplandor efímero de una idea que llegó demasiado tarde para defenderla. La tierra retumbó desde las profundidades. El faro se inclinó unos grados. A continuación, el gigante calloso sintió que sus rodillas se desplomaban, que se rompían a la mitad de su altura y, antes de desmoronarse, la linterna se atenuó hasta apagarse y arruinarse en las olas confusas del mar y de la noche. De repente, el guardia quedó abrumado por un estruendo de polvo y escombros. El mar lo engulló de un sorbo. El faro desapareció. Según él, tuvo la extraordinaria suerte de ser arrojado al mar, lejos, donde las olas no ocultaban rocas asesinas. Estaba distante y adormecido por la resaca, arrojado no muy lejos por las corrientes que conducen a la ciudad antigua, en la playa dorada de la *Purità*.

La luz del faro ya no arrojaba “luz sobre la oscuridad”. El gigante blanco y calloso, que se erguía poderoso sobre la roca sólida de la razón, yacía ahora en pedazos. La roca humeante dejó un cráter, testigo de una antigua presencia. Amaneció. Desde la orilla, el guardián lanzó una mirada melancólica al islote y la llegada de una gaviota le arrancó una sonrisa dolorida e irreflexiva. Se alzó el alba con un tono rosa y la tranquilidad reconquistó las olas enturbiadas por los escombros. El mar reflejó la imagen del cielo dado vuelta y agitado, restableciendo el orden subvertido. Mientras llegaban al islote, los rescatistas se percataron del naufrago que estaba en la orilla de la ciudad antigua. Y aquel viejo, empapado y sentado en silencio con los brazos cruzados, miraba mudo y sin rumbo. Se podría decir que, con su mirada, observaba lentamente la línea del horizonte. Un pensamiento obstinado crecía y se reforzaba en su mente. Ya se veía en la cima del faro, nuevamente construido. Quizás más fuerte y majestuoso. Un faro edificado sobre una roca de magma cristalizado, como un músculo congelado en el tiempo. Una roca

negra como advertencia, un recordatorio de la fragilidad de la luz y de su necesidad. La luz alterna del faro, capaz de marcar el punto de seguridad e indicar la frontera. Ese faro, sextante del tiempo y el espacio, a partir del cual toda mirada humana se mueve y es movida. Un gigante frágil y calloso con los pies clavados en la roca oscura y sin luz.

Il faro

Fabio Ciraci | Lecce, Italia

La terrà tremò in maniera impercettibile. Dall'alto del suo scoglio il faro sembrò leggermente oscillare. Il custode che sonnecchiava ancora un'ultima ora di riposo si svegliò, ma solo per un oscuro presagio. Scrutò l'orizzonte arricciando gli occhi luminosi e incorniciati dalle ciglia folte e grigie, in cerca di segni. Ma non ne riconobbe alcuno. Il mare era piatto e silenzioso come uno specchio e fletteva pallido la luce ambrata del primo meriggio. Stranamente la scogliera era priva di gabbiani e una quiete surreale e presaga copriva la costa come una coltre invisibile.

Che fine avevano fatto tutti gli uccelli marini?

Nessun gabbiano solcava il cielo di ritorno dal mare o garriva dalla scogliera. Ma che cosa aveva scosso dal suo interno l'austero faro sull'Isolotto di Sant'Andrea? Quel bianco gigante calloso, confitto come un palo nella roccia di frontiera restava immobile sul suo lembo di roccia frustato dai venti, invincibile sul mare aperto. Era stata un'onda quasi impercettibile, una vibrazione sotterranea che, risalendo l'asse del faro dagli abissi, si era via via dissipata, zampillando sul pennacchio della lanterna. Anche il porto alle spalle dell'isolotto, allungato a mezzaluna nell'entroterra, al lato della città vecchia, taceva. Solo qualche peschereccio sfilava pigramente tra i bagliori del porto, sfidando le prime folate livide della notte. La luce del faro ruotava, come sempre, già un'ora prima del tramonto e, voltando intorno a se stessa, sembrava quasi che, nel breve palpito di quel bagliore, non fosse la lanterna a mulinare veloce intorno al perno dell'attimo, ma che invece l'intero isolotto di sant'Andrea turbinasse come un pietra assicurata a un laccio di luce, come il sasso di una fionda legato a un elastico. La luce del faro

era il fulcro dello spazio e del tempo, e tutto il resto del mondo vi girava attorno. Almeno, questo aveva sempre pensato il vecchio custode, abituato a trascorrere i suoi giorni e le sue notti in quel luogo svettante sul mare, sull'isolotto prospiciente la città vecchia, slanciata orgogliosamente in avanti come una picca sul golfo, cinta di mura e bastioni. Anche lui si sentiva una sorta di cavaliere, uno dei trentaquattro baroni ribelli che, asserragliati nel castello aragonese, resistettero sette mesi a Carlo I. In fondo gli piaceva pensare che era suo compito gettare "luce nelle tenebre", con il suo faro, e segnare la linea di sicurezza delle imbarcazioni al largo. In fondo, anni addietro, dopo i suoi studi classici, aveva deciso di prendere quel posto da custode. Di ritirarsi dal mondo che comprendeva sempre meno, che sempre più diventa caotico, anonimo e malato di velocità. Un mondo rumoroso.

Il custode era un ottimo mestiere. Si poteva obbedire all'imperativo categorico senza muovere un passo. Senza confondersi con la gente. Essere morali senza piegarsi ai compromessi richiesti dal consorzio umano. Certo, occorreva talvolta prendere il motoscafo e raggiungere la città, per le vettovaglie e le comodità. Ma si godeva di un immenso privilegio. Non era forse vero che "La solitudine può portare a forme straordinarie di libertà"? Ma di questa libertà, certi giorni, il custode proprio non sapeva che farsene. Una libertà obbligatoria non ristora. E allora si era messo a studiare di nuovo per ammazzare il tempo, senza alcun impegno o esame da superare. Così, solo per se stesso. E la lettura lo aveva reso vivo, lo aveva rapito, trasportandolo per lidi esotici che mai avrebbe conosciuto, per vivere la vita di *Achab* e gridare "soffia" senza mai aver visto una balena. Oppure, per bere *rhum* con Long John Silver. E fu così che, leggendo un saggio su Stevenson, si era imbattuto nuovamente nel nome del grande pessimista: "La gigantesca ombra di Schopenhauer si estendeva alta dalla terra al cielo; allora, almeno, sembrava davvero gigantesca, per quanto già alcuni di noi avessero la sensazione che l'ombra fosse più grande dell'uomo". A lui quel vecchio sornione, allievo di Kant e di Buddha, aveva sempre fatto una certa simpatia. Un pessimista però è un tipo che ha fatto male i conti, perché

nascere - pensava tra sé e sé - è un dono. Certo, un dono con qualche debituccio da riscattare. Un'eredità onerosa, ma pur sempre un'eredità. I *sapiens* erano strani e pericolosi, l'unica specie che avesse messo a repentaglio la vita di tutte le altre. L'essere umano era un animale verticale: allo *zenit*, San Francesco o Michelangelo; al *nadir* invece Hitler o uno sconosciuto stupratore di periferia. Nel mezzo c'era la marea umana, l'uomo medio come il livello del mare, incapace di ergersi o di soccombere. Un'onda addomesticata dal vento e dalle correnti.

E certo, non si poteva contestare Arturo che la vita è piena di sofferenza. Ma non si può fare alcun bilancio: gioie e dolori non si pesano con la stadera. Né si possono sottrarre o addizionare, le gioie e dolori; sarebbe un po' come sommare "mele e pere", come diceva il maestro di scuola. Eppure la vita aveva il sapore di una sorba, talvolta dolce e matura, talvolta acre. «Ed è pur necessario che se uno ha addentato una perfida sorba la risputi», aveva scritto quel giovane italiano, di cui aveva letto alcune pagine qualche tempo prima. E aveva lasciato in lui l'idea di un ragazzo pieno di vita, raggianti, salvo poi scoprire che quel ventenne nativo di Gorizia, una città di confine, si era tolto la vita, forse per tristezza, forse per amore, forse per una subdola malattia venerea. Non certo a causa del suo pensiero.

Lui stesso aveva scelto, dopo la tesi in filosofia antica, una vita ritirata. Era stato tradito da sua moglie, la sua prima e più grande passione. Ma l'amore ha i suoi costi. E la solitudine è uno di questi. Un palliativo, come le droghe e il lavoro. O decidi di stare tra gli esseri umani, di sgomitare con loro e tra di loro, per godere di sicurezza e comodità; oppure scegli la solitudine e la scomodità. Devi solo scegliere a quale tipo di disagio sottoporti: per la civiltà o contro di essa. Tutto qua. Ma non si può rimanere sospesi nel nulla, occorre un compromesso. Sarebbe bello esistesse un Nulla caritatevole, un altro assoluto capace di redimere da ogni dolore e dall'inconveniente di essere nati. Ah, quel Cioran... quanto lo aveva tentato, da studente. Perché, anche se hai il cuore leggero, nel vuoto una piuma cade a terra con la stessa velocità di una palla di piombo. E quel tipo che si gongolava di aver scoperto il nero

centro del mondo, Schopenhauer, era un gran furbacchione: predicava la compassione universale ma scansava il prossimo; teorizzava l'etica animale, ma sbocconcellava un pollo al giorno. Per non parlare della teoria dell'arte: com'era insopportabile il suo genio! un uomo toccato dal fato generoso senza alcun merito o sforzo, in grado di coglie addirittura l'essenza del mondo. E senza far niente per mutarlo! Contemplare il dramma e rimanere indifferenti. Nessuna catarsi, nessuna partecipazione. Bella roba! No, caro il mio pessimista! Occorre lavorare e spaccarsi la schiena. Altro che contemplazione. Occorre umiltà. Basta leggere Kant, un mio collega. Anche lui sempre al confine, con i piedi sullo scoglio duro dell'esperienza. Occorre lo sguardo gettato sul sublime, sentirsi piccoli e insignificanti, come di fronte a questo mare immenso, quando le onde spumose e bianche si gonfiano di vento e minacciano i marinai.

Ma nel cielo cavo, che scoloriva all'orizzonte lasciando spazio alla notte umida, vibrava l'attesa di un evento imprevedibile. Il porto si animava di voci umane e la vecchia città sul golfo si riempiva di rumori e di vita. La natura taceva. Anche le reti dei pescherecci al largo non raccoglievano pesce. Sembrava che il mare si fosse svuotato. Sembrava che il vento si fosse dissolto lungo l'isolotto spoglio, solitamente spazzato dai marosi. Il faro vibrò nuovamente, questa volta con forza. Dallo scaffale sul muro cadde giù qualche ninnolo e una candela smozzicata. Si inclinò la stampa della facciata della Cattedrale di Sant'Agata appesa sul muro e venne via, dalla libreria, l'*Ethica more geometrico demonstrata*, cascando sbilenca sul pavimento. Il mare si ritirò lentamente come risucchiato dalla notte e un boato risonò dal fondo dell'orizzonte con un respiro salato di posidonia. Al custode bastò un attimo per capire. Certo, si trattò del bagliore effimero di un'idea che giunse troppo tardi per farne una difesa. La terra tuonò dal profondo. Il faro si inclinò sul fianco di qualche grado. Poi, il gigante calloso sentì le ginocchia crollare, spezzarsi a metà della sua altezza e, prima di franare, la lanterna si affievolì fino a spegnersi e rovinare del tutto nei flutti confusi del mare e della notte. In un attimo il custode fu travolto da un boato di polvere e macerie. Il mare

lo ingoiò in un sorso. Il faro non c'era più. Per lui fu una fortuna straordinaria essere scagliato in mare, lontano dove le onde non celano scogli assassini. Si ritrovò distante e cullato dalla risacca, trascinato non troppo lontano dalle correnti che portano alla città vecchia, sulla spiaggia dorata della *Purità*.

La luce del faro non gettava più "luce nelle tenebre". Il gigante bianco e calloso, che si ergeva possente sulla solida roccia della ragione, giaceva ormai in frantumi. Lo scoglio fumante aveva lasciato un cratere, testimone di un'antica presenza.

Albeggiò. Dalla riva, il custode lanciò uno sguardo melanconico sull'isolotto e l'arrivo di un gabbiano gli strappò un sorriso dolente e irriflesso. Sorse l'alba rosata e la quiete riconquistò i flutti intorbiditi dalle macerie. Il mare rifletté l'immagine del cielo capovolto e increspato, ristabilendo l'ordine sovvertito. I soccorsi, che nel frattempo giunsero sull'isolotto, si accorsero del naufrago sulla riva della città antica. E quel vecchio, zuppo e seduto sulla battigia in silenzio, con le braccia conserte, guardava muto senza meta. Con lo sguardo si sarebbe detto seguire lentamente la linea dell'orizzonte. Un pensiero ostinato cresceva e si rafforzava nella sua mente. Si vedeva già in cima al faro, nuovamente costruito. Forse più forte e maestoso. Un faro edificato su una roccia di magma cristallizzato, come un muscolo congelato nel tempo. Una roccia nera come un monito, un *memento* della fragilità della luce e della sua necessità. La luce alternata di un faro, capace di segnare il punto di sicurezza e indicare il confine. Quel faro, sestante del tempo e dello spazio, rispetto al quale ogni sguardo umano si muove ed è mosso. Un gigante fragile e calloso, con i piedi confitti nella scura roccia priva di luce.

Maudit

Yair Yaomautzin Mayo Baltierra | CDMX, México

El suicidio es una vocación

Jacques Rigaut

"She asks, 'Are you cursed'

He says, 'I think that I'm cured'

De una canción de Josh Ritter

hacerse suicida es una profesión,

que exige, por un lado, ciertas dotes artesanales

Hermann Burger

He escuchado más de una historia inverosímil. Algunas, en su inverosimilitud, pasaban a ser posibles: *Credo quia absurdum*. Pero lo que estoy a punto de contar, de no haberlo visto con mis propios ojos, como suele decirse, jamás lo habría creído. No espero, por supuesto, la credulidad de nadie. Sólo quiero compartir mi asombro y lamer las heridas de mi escepticismo.

Era un bar como van quedando pocos, al menos en las grandes ciudades y que cuentan con una barra sin asientos y con la garantía de constatar que a tu trago no le cayera, por error, algún escupitajo. Le eché un vistazo por su aire desolado, ángel caído que encuentra en la melopea, o que espera encontrar, una redención, la justificación del mero existir, y aun así no le di mayor importancia. Pedí una cerveza, dos, tal vez tres o cuatro. El alcohol me permite, lo digo con o sin arrogancia, acercarme a otros seres, a soportarlos y de paso soportarme. Me dijo, con el labio

inferior un poco caído “Me llamo Maurice, aunque por estos rumbos me llaman Maudit”. El juego de palabras, de tratarse de uno, se me hizo torpe. Le respondí “Me llamo _____, y por aquí nadie me conoce”, lo que podía traducirse en “no me importa quién diablos seas”, pero tengo la incorrección del protocolo. “No puedo morir- me soltó entre un trago y otro. Quiero decir que no consigo matarme”. Me reí como cabría esperar de un tomado. “No me digas”, le dije y podría traducirse en un “pobre imbécil”. Él respondió con una risa más estruendosa y dijo lacónicamente “Apuesta”, “Doscientos pesos”, “Psst”, soltó en reclamo, “Mil. Salgamos”, agregó, decidido. La calleja, húmeda de lluvia y alcoholes, regurgitaba la luz famélica de los faroles. Pensé “este tipo intentará ahorcarse a sí mismo o aguantará la respiración, a lo más se pasará una navaja horizontalmente por las venas”, circunstancias todas, es bien sabido, que no derivan en la muerte. Cuando vi emerger de su pantalón lo que me pareció una Colt, creí que era una réplica, o en todo caso que no tenía munición y que sólo buscaba intimidarme para que lo detuviera antes de cometer una locura. Todo sucedió tan rápido que no pude comprender. Maudit apuntó a su sien y detonó el arma. El sonido devino eco y el humo rodeó la cabeza un poco destrozada, sanguinolenta. El cuerpo que ya era cadáver cayó con la imperturbabilidad con que cae la historia, el otoño. ¿Qué hacer, a qué sitio huir? Sabía de mi inocencia, pero un evento de tal magnitud me retendría varias horas en el ministerio público para dar mi declaración. Me escabullí de la escena del crimen, si se puede decir de ese modo.

No sé si dormí aquella noche, lo más probable es que sí, tengo el sueño pesado. Al despertar lo primero que hice fue comprar café y el periódico ‘El espejo’ que ya por aquel entonces empezaba a dedicarse a la nota roja. Cuando digo que fue lo primero que hice, no lo digo por decir. No me afeité, no me acomodé el pelo, ni siquiera oriné. Perdonen la imagen, pero sólo pretendo, con este abuso de honestidad, demostrar que poseo la mejor disposición en lo que respecta a la veracidad de esta historia.

La noticia, escueta, estaba en la página doce, sin fotografía para más inri, rezaba: “Sujeto de aproximadamente cuarenta años es encontrado sin vida y con heridas de arma de fuego, a unas cuantas cuerdas del bar *Die Forelle*. Todo indica que se trató de un suicidio”. Encontré natural que el cuerpo se hallara más lejos del bar, tal vez algunos ladronzuelos querrían despistar o el propio personal se habría encargado de ello para evitarse problemas con la ley. Terminé mi café, regresé a mi cuartucho y mientras me peinaba el poco pelo que tenía me dije que nada de eso había sido culpa mía. Dediqué un último pensamiento al occiso y me afeité.

La historia continua en otro bar, en otra ciudad. Supongo que estaba encorvado como lo están todos los borrachos sobre bancos sin respaldo. Disfrutaba de mi cerveza cuando alguien me palmeó la espalda. No reconocí al tipo en un primer momento “No lo creí al principio, pero después de un rato no me cupo duda de que eras tú. Me debes mil pesos.” Titubeé, por poco dejo caer mi preciada ipa, pero la idea de tener que desembolsar mil pesos hizo que no perdiera completamente la terrenalidad. “Maudit...” balbuceé más que articulé, y enseguida objeté, creyendo la creencia de que el alcohol puede ocasionar ilusiones ópticas, “pero yo te vi...además el periódico” “Exageraciones y tergiversaciones. Estuve en coma unas semanas, nada más. La prensa miente para vender y la muerte es un buen negocio”, dijo tranquilamente y estiró el brazo. No me sobraba el dinero antes ni ahora, pero una apuesta es una apuesta. Me invitó otra ronda con mi dinero y entre bebida y bebida me fue explicando su condición. “Nunca fui bueno para nada, quiero decir que parece que nací para el fracaso. Mis padres comprobaban mi mala estrella. En una ocasión, un profesor de filosofía me dijo que sería terriblemente malvado por mi profunda ignorancia. No sé si sea muy listo, pero nunca he sido malo, no soy proclive a dañar a otros...tal vez sólo a mí mismo. Nunca me importó ser el blanco de burlas, incluso si el chiste era suficientemente bueno, me reía también. Lo único que no soportaba era la forma en que mis padres me miraban cuando creían que yo no me daba cuenta. Antes no podía traducirlo en palabras, pero ahora

sé que en esa mirada había culpa y vergüenza, tristeza y dolor, dolor de no haberme abortado, todo esto envuelto en una profunda ternura.

”Fue entonces cuando comencé a albergar la idea del suicidio. Cada mirada de esa naturaleza que descubría en mis padres, era un paso más que me aproximaba al abismo. Me arrojé por un acantilado la primera vez que me suicidé. Tal vez sí morí en esa ocasión, aunque sólo fueron unos instantes, o eso me pareció. Me sentí como en un sueño y en ese sueño una voz me decía “El talento lo es todo. Se tiene o no se tiene. Incluso vivir requiere de ciertas habilidades de las que, me temo, careces. Pero no todo está perdido, tus aptitudes son otras. Tal vez no lo creas, pero para morir también se requiere talento. Vi cómo tu cuerpo caía y supe que no morirías. De ahora en adelante, se te ha concedido el talento de no poder suicidarte”. El dolor, la confusión y el asombro de apenas una pierna rota me impidieron dimensionar todo lo vivido o alucinado, pero lo cierto es que desde ese momento no he conseguido matarme». Terminó maudit su relato y yo no pude más que carcajearme, si bien en el fondo sentía un malestar. Su seriedad ante mi sorna me confirmó que estaba acostumbrado a que lo tomaran por un pobre chiflado. “Así me gano la vida, apostándola”, expresó con la indiferencia un tanto nerviosa del tahúr. “Apuesta de nuevo”, me ordenó más que sugirió. Si no soy sensato sobrio, menos lo soy tomado y una vez que el absurdo ha tocado a tu puerta, es difícil actuar bajo otra lógica que no sea la de la locura y el sinsentido. Acepté mientras me limpiaba el giste del rostro con el dorso de mi mano. “¿Alguna sugerencia?” “Sorpréndeme”, respondí tratando de mostrar desinterés, aunque el temblor de mi mano al levantar el tarro mostrara todo lo contrario. Salimos del bar, como otrora, sólo que ahora pasaba por ahí un camión de carga a una velocidad que me pareció ilegal. Maudit aceleró el paso y se detuvo justo en medio de la calle. El conductor intentó frenar, pero el golpe, espantoso, lanzó a Maurice a unos cuantos cientos de metros. Creí oír cómo se rompían varios huesos, incluido el cráneo. Inmediatamente me sentí pusilánime, ¿cómo pude prestarme a hacer caso a las historias de un borracho? Y, no obstante, decidí permanecer hasta ver el desenlace del “accidente”. Que

no se sorprenda quien me lee si digo que maudit, milagrosamente (palabras de los médicos), sobrevivió al impacto del bólido.

Fue entonces que presencié lo que podría llamarse suicidios fallidos. Ahora que lo pienso es este un buen título para esta historia, en todo caso sería más llamativo que “maudit”, principalmente porque no soy dado a galicismos y el supuesto juego de palabras tal vez sea demasiado. Pero retomemos. Uno de los suicidios fallidos (insisto, es un buen título), fue jugar a la ruleta rusa. En el tambor colocó cinco balas de los seis orificios disponibles, giró, apuntó, disparó...y nada. Repitió este ejercicio más de una ocasión, con idéntico resultado. No creo en dios y por lo tanto en el diablo, entonces ¿cómo explicarlo? ¿qué sucedía con maudit? Las balas no salían por defecto de fábrica o simplemente no tocaban ningún órgano vital, los impactos de automóviles e incluso de trenes apenas le dejaban unas cuantas fracturas, las caídas eran amortiguadas por transeúntes proporcionándole apenas cardenales del tamaño de una moneda, el veneno para matar a diez sujetos sólo le ocasionaba un vómito ligero. El día en que visitamos un zoológico, apostó con un sujeto fofo a que sobreviviría al ataque de los leones, pero éstos ni siquiera se le acercaron una vez que hubo saltado la valla de seguridad. Entonces, digo, ¿qué era todo aquello? ¿un pacto diabólico, un don, una maldición, mucha suerte o todo lo contrario?

Le perdí la pista a Maurice. Sabía que no podía hacerse daño y en ese sentido no me preocupaba. Un día me llegó una carta suya y en ese momento supe que había aprendido a quererlo. La carta decía: «Querido amigo, hemos pasado más de una aventura juntos. Aún recuerdo, porque la vi antes de desplomarme, tu expresión aterrorizada cuando jalé del gatillo la vez que nos conocimos. Ja, ja, ja, debiste ver tu cara. ¿Te acostumbraste después a verme desfallecer? Ahora las cosas no van muy bien. Tengo cáncer y, en contra de lo que has presenciado, temo decirte que no soy inmortal. Sólo la intención de matarme es lo que me mantenía a salvo. A todo se reduce esto: a querer algo para no obtenerlo. Quise la muerte y por lo tanto me fue negada. Justo ahora que conocí a alguien que me ha quitado las ganas de morir, me diagnostican cáncer

en fase terminal. Tengo que confesarte dos cosas: la primera es que no he aprendido a morir, a pesar de haber estado siempre bastante cerca. No quisiera morir y porque no quiero ahora me muero. Se me ocurrió, y seguro que a ti también, que debo intentar matarme para, justamente, no morir. Sin embargo eso ya no es posible. Apenas tengo la fuerza necesaria para ir al baño sin que me auxilien las enfermeras. Pero esto no es lo más importante, pues todos hemos de morir, ¿no? Cuando te conté mi historia aquella vez que nos volvimos a encontrar, omití algo. Antes quisiera decir, a modo de disculpa, que me pareciste triste, con la tristeza del que no tiene dios ni nada, que apenas cuenta con su existencia y que, como sabemos, no basta. Por eso me acerqué a ti, porque como a mí, no te interesaba mucho vivir. Lo que no te dije es que el demonio o la voz puso una cláusula, llamémoslo así, a nuestro contrato. A quien le contase mi historia, éste ineludiblemente habría de heredar la maldición. Sí, hoy después de tanto, sé que es una maldición el no poder deshacerse de nosotros mismos. Perdona que sea a través de este medio que te enteres de lo que me sucedió y lo que no te podrá suceder. Déjame ser claro: no podrás matarte, la bala se atascará, la cuerda se romperá, el cuchillo se quebrará. Cuando recibas esta carta yo ya habré muerto de causas naturales.

Posdata. Si contra todo intentas suicidarte, procura que sea con un método que no duela tanto. El regreso suele ser insoportable. Adiós, espero que puedas perdonarme».

Esa es la carta. Ha pasado el tiempo y desde entonces no he intentado suicidarme. Esta noche, lo reconozco, me pesa ser. Tengo el revólver dentro de la boca. Lo he lubricado antes. Nada puede fallar. Ya está, siento el frío del metal dentro de mi boca. Muerdo el cañón. A la cuenta de tres apretaré el gatillo...pero, si a pesar de todo fallo, te ofrezco una disculpa a ti que me has leído, pues has sido maldecido al leer mi historia que es la historia de maudit. Maldición, por otra parte, en la que no estoy dispuesto a creer ¿qué sería del humano sin la libertad de salir de sí mismo? 3...2...1...

Gabriel Martínez Villarreal

Estudiante de 7° semestre de la Licenciatura en Filosofía en la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad Autónoma de Nuevo León (UANL). Como traductor literario independiente, tradujo al español la novela *The Nihilist*, del escritor estonio Keijo Kangur. Asimismo, tradujo al inglés el manifiesto antinatalista anónimo *Dejar de hacer nacer. Una ética contra-reproductiva*. Tal traducción todavía permanece inédita. En el ámbito académico, ha participado como ponente en coloquios estudiantiles de Filosofía con trabajos centrados en problemas éticos vinculados al pesimismo filosófico, p. ej., “En defensa del antinatalismo como ética de reducción radical del sufrimiento humano” y “En defensa del suicidio como ejercicio supremo de autonomía individual”. Sus principales áreas de estudio e investigación filosófica son: ontología, epistemología, ética. Actualmente trabaja en su tesis de licenciatura sobre la *Filosofía de la redención*, de Philipp Mainländer. En sus tiempos libres, toca la guitarra clásica y lee poetas del romanticismo alemán.

Fernando Burgos

Es maestro en humanidades por la UAGro. Cursa su doctorado en la UAEMor. Presidente de la Sociedad Iberoamericana de Estudios sobre Pesimismo. Director de la revista, Cuadernos de pesimismo. Presidente de la Sección Mexicana de la Philipp Mainländer Gesellschaft. Coordinador de Mainländeriana. Director de la Biblioteca pesimista. Publica sobre temas relacionados al pesimismo filosófico.

Piercarlo Necchi

Se licenció en Filosofía por la Universidad de Milán con una tesis en Filosofía Teórica sobre *Le parti e l'intero. Hegel e le figure del tragico*. Desde hace más de treinta y cinco años enseña Historia y Filosofía en el Liceo como profesor titular.

Antes de llegar a la cuestión del pesimismo filosófico, sus estudios se centraron en los problemas de lo trágico, el mal y la nada.

Como “investigador público” —además de editar las primeras ediciones italianas de algunas obras filosóficas— publicó numerosos ensayos y artículos en volúmenes colectivos y revistas dedicadas a autores como: Spinoza, Hegel, Schopenhauer, Michelstaedter, Camus, Jankélévitch y Sgalambro.

Como “pensador privado”, trabaja desde hace tiempo en su *Pessimismus-Opus*.

Manuel Pérez Cornejo, Viator

Es catedrático y doctor en Filosofía, así como licenciado en Historia del Arte. Especializado en estética y teoría del arte, su actividad investigadora se ha centrado, principalmente, en los autores de la escuela pesimista alemana e italiana, como A. Schopenhauer, E. von Hartmann, Philipp Mainländer, Ulrich Horstmann, Julius Bahnsen, H. von Druskowitz o Manlio Sgalambro. También ha investigado sobre autores como F. Hemsterhuis, K. F. E. Trahndorff, X. Zubiri o Rafael Argullol. En 2017 fue nombrado presidente de la Sección Española de la Internationale Philipp Mainländer Gesellschaft. Es creador de: Grial. Página web de la Sección Española de la Sociedad Internacional Philipp Mainländer.

Correo electrónico: manuelperezcornejo@hotmail.com

Rubén Nessim

Nacido el 12 de julio del año 2003, es escritor independiente, autor de *El Absurdo Nihilista*, coautor de la *Antología Poética de Escritores Mexicanos Independientes Yo soy EMXI*, y profesor de Ética en el Centro de Educación y Formación Académica (CEDUK), es el miembro más joven de la Sociedad Iberoamericana de Estudios sobre Pesimismo (SIEP), líder, fundador y organizador de las Juventudes Pesimistas de la SIEP, miembro del Colectivo Marxista-Leninista Deni Prieto Stock y miembro del Círculo de Psicoanálisis y Marxismo, actualmente trabaja en el desarrollo de la corriente filosófica que denomina Pesimismo Materialista, partiendo principalmente de la síntesis del pesimismo

filosófico de Schopenhauer, el materialismo histórico y dialéctico marxista y el psicoanálisis de orientación freudiana.

Slaymen Bonilla Núñez

Nació en la Ciudad de México en 1988. Es licenciado en Filosofía por la Universidad La Salle, en Ciencias Políticas y Administración Pública por la UNAM y en Derecho por la UMOV Academy, maestro en Filosofía por el Colegio de Morelos. Ha realizado estancias de estudio e investigación en la Universidad Alexandru Ioan Cuza de Iasi (Rumanía), en la Chungnam National University (Corea del Sur) y en la Universidad de Kioto (Japón).

Sus investigaciones giran en torno a la filosofía pesimista de los siglos XIX y XX, a la filosofía budista —en especial a Nagarjuna— y a la filosofía náhuatl. Del mismo modo, sus esfuerzos van encaminados a la creación y desarrollo de un nuevo sistema, al que denomina “pesimismo utópico”. Cofundador del proyecto de los Filósofos Malditos. Algunos de sus libros son: *El cantar de Quetzalcóatl I y II* (Herem), *Poemología* (Textosteroa), *Rimisurdos* (Ediciones y Punto), *Distófrasis* (Ediciones y Punto), *Fantasia* (Herem), *Prolegómenos del Pesimismo como Vacuidad y Mythos* (Herem), y más de cincuenta publicaciones sobre temas diversos. Fue presidente de la Sociedad Iberoamericana de Estudios sobre Pesimismo (2020-2023). Actualmente es el director de la Biblioteca Pesimista de dicha sociedad.

Ana Belén Rodríguez Quetglas

Es técnico superior de la Administración Pública, especializada en asesoría jurídica. Es Licenciada en Derecho (Universidad de las Islas Baleares) y Licenciada en Ciencias Políticas (Universidad Nacional de Educación a Distancia, UNED). Maestra en Derecho Animal y Sociedad (Universidad Autónoma de Barcelona) y Maestra en Filosofía Teórica y Práctica (UNED). Actualmente se encuentra cursando estudios de doctorado en Filosofía por la UNED. Escribe artículos de investigación filosófica y jurídica, así como relatos y microrrelatos de

terror y artículos sobre temas de literatura fantástica. Entre sus publicaciones cabe citar el microrrelato “El gato” (Editorial Hipujo), el relato “La fortuna de la bruja” (Editorial PiEdiciones), el artículo sobre filosofía jurídica “Los derechos animales según Schopenhauer” (Revista Schopenhaueriana), el artículo “Schopenhauer y el suicidio como forma de negación de la voluntad” (Revista Hénadas), el capítulo “The Confusing Anxiety of Ryūnosuke Akutagawa” de la obra colectiva *The Contemporary Writer and Their Suicide* (Editorial Springer), el artículo “El mundo de E.T.A. Hoffmann” (Revista WeirdReview) y el relato “Adulterio Criminal” (Revista Espejo Humeante).

Fabio Ciracì

Es profesor de Historia de la Filosofía italiana en la Universidad de Salento, Italia. Además, es investigador en el Departamento de Estudios Humanísticos por la misma universidad. Tiene un Doctorado de investigación en Disciplinas Histórico-Filosóficas de la Universidad de Salento, Lecce 2002-2005. Su tesis doctoral se publicó en 2006 por la editorial Pensa Multimedia bajo el título: *Verso l'assoluto nulla. La Filosofia della redenzione* di Philipp Mainländer. Sus intereses son Schopenhauer, la escuela pesimista alemana e italiana.

Yair Yaomautzin Mayo Baltierra

Pedagogo por la UNAM, ha intentado aunar la docencia y actividades educativas con distintas disciplinas artísticas, sobre todo la literatura. Ha impartido talleres a comunidades marginadas y poblaciones vulneradas. Participó en el 15vo encuentro de estudiantes de pedagogía con el trabajo “La insoportable levedad de la educación”, donde contrasta postulados de Nietzsche e Ivan Illich que hacen una crítica a la universidad y la escolarización.

Actualmente estudia el humor y la risa como hecho ontológico y constitutivo —pero no exclusivo— del ser humano, retomando el pensamiento de Vladimir Jankélévitch, Julius Bahnsen, Lev Shestov, Søren Kierkegaard, entre otros.

Publicados por la Editorial Sequitur

Arthur Schopenhauer. *Sobre la visión y los colores. Un tratado.* Introducción, traducción y notas de Jesús Carlos Hernández Moreno. Madrid: Casimiro, 2021, pp. 183.

Gwinner, Wilhelm. *Schopenhauer y sus amigos.* Introducción, traducción y notas de Jesús Carlos Hernández Moreno. Madrid: Sequitur, 2021, pp. 144.

Beiser, Frederick. *Weltschmerz. El pesimismo en la filosofía alemana: 1860-1900.* Traducción, Fernando Burgos, Slaymen Bonilla y Antonio García, Madrid, Sequitur, 2022, pp. 460.

Moses Mendelssohn y Gotthold Ephraim Lessing. *Pope, ¿un metafísico?* Edición, traducción y estudio preliminar de Jesús Carlos Hernández Moreno, Madrid, Sequitur, 2022, pp. 120.

Hartmann, Eduard. *Pesimismo, ética y felicidad.* Introducción y traducción de José Carlos Ibarra Cuchillo, prólogo de Fernando Burgos, Madrid, Sequitur, 2023, pp. 127.

Bahnsen, Julius. *Breviario pesimista.* Introducción y traducción de Manuel Pérez Cornejo, prólogo de Fernando Burgos, Madrid, Sequitur, 2023, pp. 143.

Mainländer, Philipp. *Fragmentos pesimistas.* Introducción y traducción de Sandra Baquedano Jer, prólogo de Fernando Burgos, Madrid, Sequitur, 2023, pp. 127.

Taubert, Agnes. *El pesimismo y sus adversarios.* Introducción y traducción de Manuel Pérez Cornejo, prólogo de Fernando Burgos, Madrid, Sequitur, 2023, pp. 120.

Plümacher, Olga. *El pesimismo en el budismo y otras religiones.* Introducción y traducción de H. W. Gámez, prólogo de Fernando Burgos, Madrid, sequitur, 2023, pp. 121.

Aires, Matias. *Reflexiones sobre la vanidad de los hombres.* Introducción, traducción y selección de Arthur Grupillo y Matheus Silva Freitas, prólogo de Fernando Burgos, Madrid, Sequitur, 2024, pp. 94.

Voltaire y Rousseau. *Sobre el mal, la providencia y el optimismo.* Introducción y traducción de Adán Núñez Luna, prólogo de Fernando Burgos, Madrid, Sequitur, 2024, 120.

Saltus, Edgar. *La filosofía del desencanto.* Introducción de H. W. Gámez y Fernando Burgos. Traducción y prólogo de Fernando Burgos, Madrid, Sequitur, 2024, 120.

Dorguth, Friedrich. *Textos schopenhauerianos.* Edición, traducción y estudio preliminar de Jesús Carlos Hernández Moreno, Madrid, Sequitur, 2024, pp. 193.

Horstmann, Ulrich. *El monstruo.* Edición, traducción y estudio preliminar de Manuel Pérez Cornejo, Madrid, Sequitur, 2024.

Publicados por la Sociedad Iberoamericana de Estudios sobre Pesimismo y otras editoriales asociadas

Mainländeriana I. Coords. Fernando Burgos, Luis A. Gerena Carrillo y Sergio Lomelí, Cuernavaca, UAEMor, 2024, pp. 269.

Palante, Georges. *Pesimismo e individualismo.* Trads. Slaymen Bonilla y Libertad Estrada, México, Biblioteca pesimista, 2023.

Leopardi, Giacomo. *La protesta contro il male.* Introduzione e selezione Marco Fortunato, México, Biblioteca pesimista, 2024.

Impreso en octubre de 2024